

SAN AMBROSIO DE MILÁN

SOBRE EL PARAÍSO

De Paradiso

SABBATISMUS

San Ambrosio de Milán (340–397)
De Paradiso · Sobre el paraíso

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego
(Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan
Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

SOBRE EL PARAÍSO
[EL PARAÍSO.]

ADMONICIÓN SOBRE EL LIBRO DEL PARAÍSO.

Aunque no nos atrevemos a afirmar que el libro *Sobre el Paraíso* sea la primera obra de Ambrosio, no dudamos en absoluto en situarlo entre las primeras. Hay razones para que no pensemos de otro modo. Pues, estando ese trabajo lleno de variada y múltiple doctrina, difícilmente le parecería a nadie que lo compuso en el mismo primer año en el que —como él mismo decía (Lib. I, Oficios, 1)— fue arrebatado de los tribunales y de las insignias de la administración al sacerdocio. Pero no aceptaremos fácilmente que deba posponerse más allá del año siguiente; ya que el santo varón, en una carta a Sabino cuando aún no era un sacerdote veterano (Carta 42), menciona que esta misma obra ya había sido elaborada hace tiempo. Se puede deducir que esto ocurrió alrededor del año 375 de la salvación restaurada por el hecho de que, habiendo sido elegido Ambrosio para el episcopado en 374, nada parece impedir que le diera el toque final antes de comenzar los libros *Sobre las Vírgenes*, que escribió cuando aún no era sacerdote de tres años (Lib. II, *Sobre las Vírgenes*, cerca del final).

En este libro *Sobre el Paraíso* disputa y muestra, mediante una brevísima exposición del texto sagrado, qué, de qué tipo y dónde fue (Cap. 1); qué hicieron en él nuestros primeros padres; con qué fraude, en qué orden y con qué arte (Ibíd.) fueron tentados por el diablo y finalmente cayeron en el pecado. Dedicó aquí su principal esfuerzo a

refutar a los discípulos de Apeles (Caps. 2, 5, 6 y ss.), que impugnaban la autoridad de la Antigua Alianza; pero, según parece, hiere a través de ellos a los maniqueos, que en aquel tiempo infestaban la Iglesia de Milán, ya que tal vez hasta entonces no se había atrevido a atacarlos abierta y declaradamente. Resuelve las vanas sutilezas de los apelistas y se levanta contra ellos con tanta más vehemencia cuanto más temía ansiosamente que el pueblo recién confiado a su vigilancia fuera engañado por las falacias de los heréticos. Sin embargo, el trabajo e industria del santo Obispo no se circunscribe únicamente a la refutación de los heréticos. Se extiende también a los judíos, a quienes, habiendo encontrado la oportunidad, ataca y vence con brazo no ligero. Además, refiere con frecuencia diversas opiniones de hombres católicos, pero solo suscribe aquellas que considera más verdaderas. Es más, sucede muy a menudo que, sin haber rechazado ninguna de ellas, no teme proponer la suya propia. Y tal vez por esto se sintieron movidos quienes atribuyeron el título de "disputa" a esta misma obra. Pues se añade al final de los códices más antiguos de la Iglesia de Reims y del colegio de Clermont: en aquel, "aquí termina la disputa sobre el Paraíso"; en este, "aquí termina la disputa del Paraíso sobre la preservación de la pureza del alma". Pero en ambos se inscribe: "Aquí comienza la obra del señor Ambrosio sobre el Paraíso", de donde se podría conjeturar que la palabra "disputa" fue omitida de las palabras con las que terminan. No obstante, habiendo sido elogiado este mismo

comentario más de una vez por Agustín (Contra Juliano, Lib. II, cap. 5, etc.) con el nombre de libro, nos parece más verosímil que la misma inscripción le fuera dada por el propio Ambrosio; y así, en los códices mencionados, la palabra "disputa" debe entenderse en el sentido en que significa un libro o cualquier género de escrito.

Por lo demás, no sería fácil definir si lo contenido en esta obra fue pronunciado primero al pueblo y después dispuesto en forma de libro por Ambrosio según su costumbre. Tal vez no se probaría mal que esto es así por el hecho de que existen en ella muchas cosas que pertenecen a la formación de las costumbres cristianas, y sobre todo porque toda la disputa parece apuntar a esto: a que los heréticos no "seduzcan a las mentes sencillas con una interpretación maliciosa" (Cap. 5). Sin embargo, al no percibir en esta obra el carácter de otras obras de nuestro Doctor, que fueron convertidas en libros a partir de sermones, debe determinarse o bien que este comentario no consta de sermones en modo alguno, o bien que estos fueron redactados en ese orden que no recuerda al Ambrosio predicador ni con el más mínimo indicio.

No debe omitirse aquí, sin embargo, que tomó algunas cosas no solo de los libros de Filón el Judío, Alegorías de la Ley, como algunos han pensado, sino también de la obra del mismo autor Sobre la Creación del Mundo. Pero además de que estas son pocas y pertenecen al sentido alegórico de la Escritura, en estas mismas cosas Ambrosio sigue la mente de Filón, no sus palabras, y aquello

que en aquel autor había sido impregnado de espíritu judío, Ambrosio lo convirtió de manera muy significativa en una sentencia congruente con la doctrina cristiana evangélica.

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE
EL PARAÍSO: UN LIBRO. (C)

145 CAPÍTULO I.

Cuán difícil es disertar sobre el paraíso. Sin embargo, se indican su autor, naturaleza, sitio y habitante; y el asunto se traslada a un sentido místico.

1. "Y plantó Dios un paraíso en Edén hacia el Oriente: y puso allí al hombre que había formado" (Gén. 2, 8). Un discurso que debe iniciarse sobre el Paraíso parece infundirnos una agitación no pequeña al desear investigar y explicar qué es el paraíso, y dónde o de qué tipo es: especialmente cuando el Apóstol no sabe si en el cuerpo o fuera del cuerpo, pero dice que fue arrebatado hasta el tercer cielo. And de nuevo: "Sé de un hombre tal", dice, "si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe; que fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables, que no le es lícito al hombre hablar... Por tal hombre me gloriaré, pero por mí mismo no me gloriaré, sino en mis debilidades: pues si quisiera gloriarme, no seré necio; pues digo la verdad" (2 Cor. 12, 5-6). Por lo tanto, si el paraíso es de tal tipo que solo Pablo, o algún hombre semejante a Pablo, pudo verlo mientras vivía en esta vida; y sin embargo ese mismo hombre, ya fuera que lo viera en el

cuerpo o fuera del cuerpo, no pudiera recordarlo; y oyera palabras que se le prohibió divulgar: ¿de qué manera finalmente podremos nosotros determinar la ubicación del paraíso, que ni siquiera pudimos ver; y si hubiéramos podido verlo, se nos prohibiría no obstante comunicarlo a otros? Al mismo tiempo, habiendo temido Pablo ensalzarse por la sublimidad de sus revelaciones, ¿cuánto más debemos temer nosotros indagar eso más ansiosamente, cuya propia revelación está sujeta a peligro? Por lo tanto, no debemos considerar que este paraíso sea materia (hylen); y así dejémoslo como el secreto de Pablo.

2. Sin embargo, puesto que leemos aquí en el Génesis que el paraíso fue plantado por Dios hacia el Oriente, y que allí fue puesto el hombre que Dios formó, ya podemos encontrar al autor de ese paraíso. Pues, ¿quién es el que pudo formar el paraíso sino el Dios omnipotente, que dijo y fueron hechos, no necesitando nunca de aquellas cosas que quisiera que se generaran? Él mismo, pues, plantó el paraíso del que dice la Sabiduría: "Toda planta que no plantó mi Padre, será erradicada" (Mat. 15, 13). Buena es la plantación de los ángeles, buena la de los santos. Pues se dice que los santos están bajo la higuera y la vid en aquel tiempo futuro de paz, en los cuales hay una figura de los ángeles (Miqueas 4, 4).

3. Por lo tanto, el paraíso es un lugar que tiene muchísimos árboles, pero árboles fructíferos, árboles llenos de savia y de virtud, de los cuales se dice: "Se regocijarán todos los árboles de las selvas" (Sal. 95, 13); árboles siempre florecientes por

la verdura de los méritos, como aquel árbol que está plantado junto a las corrientes de las aguas, cuya hoja no caerá; porque todo el fruto en él es exuberante. Este es, pues, el paraíso.

Mas el lugar en el que está plantado se llama "deleite" (voluptas). Por lo cual también dice el santo David: "Del torrente de tu deleite los abrevarás" (Sal. 35, 9). Pues has leído: Porque "un manantial sale de Edén, que riega el paraíso" (Gén. 2, 10).¹⁴⁷ Estos árboles de los santos, pues, que están plantados en el paraíso, son irrigados como por un cierto flujo de un torrente del espíritu. De lo cual también dice en otra parte: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Sal. 45, 5). Es, además, aquella ciudad que está arriba, la Jerusalén libre, en la cual brotaron diversos méritos de los santos.

5. En este paraíso, pues, puso Dios al hombre que formó. Entiende también que no puso a aquel hombre que es según la imagen de Dios, sino al que es según el cuerpo. Pues lo incorpóreo no está en un lugar. Pero lo puso en el paraíso como al sol en el cielo, esperando el reino de los cielos, del mismo modo que la criatura espera la revelación de los hijos de Dios.

6. Por lo tanto, si el paraíso es aquello en lo que habían brotado los arbustos, el paraíso parece ser el alma que multiplica la semilla recibida, en la cual se planta cada virtud, y en la cual estaba también el árbol de la vida, esto es, la sabiduría, como dijo Salomón (Sab. 7, 25): porque la sabiduría no brotó de la tierra, sino del Padre. Pues ella

es el resplandor de la luz eterna y la emanación de la gloria del Omnipotente.

CAPÍTULO II.

Que no debe reprocharse que el árbol de la ciencia del bien y del mal estuviera en el paraíso, ni que allí existiera la serpiente. Y qué han entendido algunos por la serpiente, Adán y Eva.

7. Estaba, pues, el árbol de la ciencia del bien y del mal en el paraíso. Pues así lo tienes: Porque "produjo Dios un árbol hermoso a la vista y bueno para comer, y el árbol de la vida en el paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal" (Gén. 2, 9) Después veremos si también este árbol fue hermoso a la vista y bueno para comer como los demás. Pues en aquel lugar se disputará más oportunamente esto, donde encontramos que el hombre que gustó de este árbol fue engañado. Mientras tanto, nada tenemos que debemos reprochar ahora, aunque no podamos conocer la razón. Pues ni en esta creación del mundo, si algunas cosas nos parecen difíciles de entender e incomprensibles para nuestro ingenio, debemos condenarlas con algún juicio temerario, como la creación de las serpientes o de algún ser vivo venenoso; ya que nosotros, como hombres, aún no podemos entender ni saber por qué razón fue hecha cada una de las cosas. Así, pues, también en las divinas Escrituras no reprochemos fácilmente algo que no podemos entender. Pues hay muchísimas cosas que no deben medirse por nuestro ingenio, sino que han de valorarse desde la altura de la disposición y la palabra divina.

8. Supón, pues —sin perjuicio, sin embargo, de la afirmación futura—, que te disgusta este árbol de la ciencia del bien y del mal porque, después de que los hombres gustaron de él, comprendieron que estaban desnudos; sin embargo, para la consumación de la operación divina te diré que también este árbol brotó en el paraíso, y fue por tanto permitido por Dios, para que pudiéramos conocer la supereminencia del bien. 148 Pues ¿cómo aprenderíamos alguna discreción entre el bien y el mal si no existiera la ciencia del bien y del mal? Pues ni juzgaríamos que lo que era malo es malo, a no ser que existiera la ciencia del bien: pero la ciencia del bien no podría existir a no ser que existiera también el bien: ni, por otra parte, sabríamos que lo que era bueno es bueno, a no ser que existiera la ciencia del mal. Toma el ejemplo de la propia condición del cuerpo humano. Ciertamente tiene también una cierta amargura de hiel que, si la consideras en común, resulta útil para la salud del hombre. Por lo tanto, incluso lo que consideramos malo no es, por lo general, malo en todo, sino útil en común. Pues así como la hiel está en una parte del cuerpo y, sin embargo, beneficia la utilidad de todo el cuerpo: así Dios, sabiendo que la ciencia del bien y del mal beneficiaría la utilidad de todos, la constituyó en una parte para que beneficiara en común.

9. Finalmente, encuentras a la serpiente en el paraíso, generada ciertamente no sin la voluntad de Dios. Además, en la figura de la serpiente está el diablo. Pues que el diablo estuvo en el paraíso lo enseña también el profeta Ezequiel, quien dice

sobre el príncipe de Tiro: "En el deleite del paraíso estuviste" (Ezeq. 28, 13). Mas al príncipe de Tiro lo tomamos en la figura del diablo. ¿Acaso también por esto acusaremos a Dios, porque no podemos comprender los tesoros de su altura y ciencia escondidos y ocultos en Cristo, sino solo los que Él mismo se ha dignado revelar? Los reveló, sin embargo, para que sepamos que incluso la malicia del diablo beneficia a los hombres para la salvación. No porque el diablo quiera beneficiar, sino porque el Señor convierte su malicia, aun cuando él se resiste, para nuestra salvación. Finalmente, su malicia hizo que la virtud y la paciencia del santo varón Job fueran más preclaras. Su malicia ejercitó la justicia de Job, para que luchara y venciera, y la corona de la victoria siguiera a la lucha. Pues nadie es coronado sino el que ha luchado legítimamente. La castidad de José tampoco habría llegado nunca a nuestra memoria si la mujer de su señor, su compañera de casa, incitada por los dardos encendidos del diablo, no hubiera tentado su afecto, y finalmente no hubiera buscado su perdición, para que fuera más preclara la castidad del hombre que despreció la muerte por la castidad. ¿Quieres conocer el consejo de Dios? Ciertamente parece que se preparan muertes para los hombres justos por instigación del diablo, y que se practican parricidios de hijos; sin embargo, el Señor también tentó a Abraham con este arte, hasta pedirle que su hijo le fuera inmolado. Por cuya tentación Abraham fue probado fiel al Señor, pues no fue apartado de la obediencia de la devoción ni siquiera por la com-

pasión hacia su hijo querido. Así, pues, también el árbol de la ciencia del bien y del mal en el paraíso, que era hermoso a la vista y parecía bueno para comer en apariencia. Pues no era bueno para comer en el uso, ya que su alimento se ve que dañó a los hombres. Por tanto, hay algo que daña a los individuos pero beneficia en común, como el diablo dañó a Judas, pero más allá de él coronó a todos los apóstoles que vencieron las tentaciones de su malicia.

149 10. Por lo cual ni debe dudarse ni reprocharse que el diablo estuviera en el paraíso; puesto que no pudo cerrar el camino a los santos para que nadie ascendiera. Pues no arrebató como poseedor la habitación de la morada a los justos. Sea que apartara a algunos perezosos y viciosos de la morada de la posesión celestial; sin embargo, es mucho más augusto y mucho más bello lo que será excluido por las oraciones de los santos, cuando se cumpla aquello de: "Veía a Satanás como un rayo cayendo del cielo" (Lc. 10, 18). Por tanto, no le temamos a él, que es tan débil que él mismo ha de caer a la tierra. Recibió ciertamente licencia para tentar, pero no recibió facultad para derribar, a no ser que caiga por su propia voluntad el afecto débil que no sabe pedir ayuda para sí mismo. Y por eso es necesario conocer con qué fraude tentó al primer hombre, o qué pensó que debía tentarse en el hombre, en qué orden y con qué arte, para que podamos precavernos.

11. Sin embargo, muchos que quieren que el diablo no haya estado en el paraíso, aunque hemos leído que estaba en el cielo con los ángeles,

para que no parezcan ofenderse por nuestro discurso, reciban una interpretación de esta lectura según su propia voluntad. Pues hubo uno antes que nosotros (Filón en su libro Sobre la Creación del Mundo) que mencionó que la prevaricación fue cometida por el hombre a través del deleite y el sentido, tomando la figura del deleite en la especie de la serpiente y constituyendo el sentido del alma y de la mente en la figura de la mujer, a la que los griegos llaman *aisthesis*: además, afirmó que la mente, a la que los griegos llaman *nous*, fue la prevaricadora según la historia, una vez engañado el sentido. Rectamente, pues, en griego el *nous* tomó la figura del hombre, y la *aisthesis* la de la mujer. De donde también algunos han interpretado a Adán como el *nous* terrenal. Mas el Señor en el Evangelio (Mt. 25, 1 y ss.) puso a aquellas vírgenes con las lámparas encendidas o apagadas por los sentidos íntegros de los sabios o corruptos de los necios. Pues si Eva, esto es, el sentido de la primera mujer, hubiera tenido las lámparas encendidas, nunca nos habría enredado en los lazos de su prevaricación, ni habría caído de aquella inmortalidad de la virtud.

CAPÍTULO III.

Que por el manantial del paraíso se designa a Cristo; por los cuatro ríos que de allí nacen, las virtudes cardinales y las cuatro edades del mundo.

12. El paraíso es, pues, una cierta tierra fértil, esto es, un alma fecunda, plantada en Edén, esto es, en un cierto deleite o tierra ejercitada en la

cual esté la delicia del alma. Está también el nous como Adán y el sentido como Eva. Y para que no tuvieras nada que objetar sobre la debilidad de la naturaleza o la condición sujeta a soportar peligros, considera qué auxilios tiene esta alma.

13. Había un manantial que regaba el paraíso. ¡Qué manantial sino el Señor Jesucristo! Es el manantial de la vida eterna, como lo es también el Padre; porque está escrito: 150 "Porque en ti está el manantial de la vida" (Sal. 35, 10). Finalmente, "de su seno brotarán ríos de agua viva" (Jn. 7, 38). Se lee "manantial" y se lee "río" que riega el árbol fructífero del paraíso, para que dé fruto para la vida eterna. Este manantial, pues, como has leído —pues dice: "un manantial sale de Edén"—, esto es, en tu alma está el manantial. Por lo cual dice Salomón: "Bebe el agua de tus vasijas y de los manantiales de tus pozos" (Prov. 5, 15). Este es el manantial que procede de aquella alma ejercitada y llena de deleite; este manantial riega el paraíso, esto es, las virtudes del alma que brotan con mérito eminentísimo.

"Y se divide", dice, "este manantial en cuatro brazos. El nombre de uno es Fisón: este es el que rodea toda la tierra de Evilat, donde hay oro. Y el oro de aquella tierra es bueno; donde hay carbunclo y piedra prasina. Y el nombre del segundo es Guijón: este es el que rodea toda Etiopía. Y el tercer río es el Tigris: este es el que va hacia los asirios. Y el cuarto río es el Éufrates" (Gén. 2, 10 y ss.). Estos son, pues, los cuatro ríos, esto es, según los hebreos. Mas el Ganges según los griegos, que fluye hacia la India. El Guijón es el Nilo,

que rodea la tierra de Egipto o Etiopía. Se llama Mesopotamia porque el Tigris y el Éufrates la han encerrado, por el hecho de estar situada entre estos dos ríos; lo cual han expresado incluso a los situados lejos el nombre mismo y la opinión común. Pero así como la Sabiduría de Dios se llama manantial. Pues es manantial según el Evangelio que dice: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba" (Jn. 7, 37); es manantial también según el profeta que dice: "Venid y comed de mis panes, y bebed el vino que os he mezclado" (Prov. 9, 5). así como la Sabiduría es manantial de vida, manantial de gracia espiritual, así es manantial de las demás virtudes que nos dirigen al curso de la vida eterna. De esta alma, pues, que está cultivada, y no de la que está inculta, procede este manantial para regar el paraíso, esto es, ciertos planteles de diversas virtudes, de las cuales hay cuatro brazos en los que se divide esta sabiduría. ¿Cuáles son los cuatro brazos de las virtudes sino uno de la prudencia, otro de la templanza, el tercero de la fortaleza y el cuarto de la justicia (Platón, Lib. IV, República)? Cosas que también los sabios de este mundo, tomándolas de los nuestros, trasladaron a los escritos de sus propios libros. Por tanto, así como hay un manantial de sabiduría, así también estos cuatro ríos son ciertas corrientes de virtudes que emanan de aquel manantial.

15. Fisón, por tanto, es la prudencia, y por eso tiene oro bueno, carbunclo espléndido y piedra prasina. Pues frecuentemente tomamos el oro por los hallazgos prudentes. Por lo cual también dice el Señor por el Profeta: "Yo le di oro y plata"

(Oseas 2, 8). Y David dice de los prudentes: "Si durmieres entre los dos lotes, las alas de la paloma están plateadas, y lo posterior de su dorso en figura de oro" (Sal. 67, 14): por el hecho de que quien se adhiera al Antiguo y al Nuevo Testamento, puede proceder en los mismos secretos de la sabiduría de Dios con abundancia de discurso. A esto, pues, lo llama "oro bueno", no al de la moneda, que es corruptible y terrenal. Tiene también un espléndido, dice, "carbunclo", 151 en el cual vive un cierto fuegucillo de nuestra alma. Tiene también la piedra prasina, que parece mostrar algo verde y vital en la apariencia de su color. Pues los planteles que viven están verdes, mientras que lo que muere se seca: verde está la tierra mientras florece, verdes están las semillas mientras brotan. And bien está puesto en primer lugar este río Fisón, que según los hebreos se llama Fisón, esto es, "cambio de boca"; porque no rodea a una sola nación, sino que fluye también por Lidia. Pues la prudencia no es algo estrecho, sino rico en utilidades, que puede beneficiar a muchos. Por eso es el primero, para que si alguno saliera del paraíso, lo reciba como un cierto río de prudencia, para que no pueda secarse pronto, sino que por él pueda volver fácilmente al paraíso. Este río es frecuentado por muchos hombres, y se dice que tiene la máxima belleza y fertilidad. Y por eso la prudencia se toma en la figura de este, la cual trajo muchísimos frutos en la venida del Señor. Y fluye hasta los confines de la tierra, porque por la Sabiduría todos los hombres han sido redimidos. Por lo cual también se dijo: "Por

toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras" (Sal. 18, 5).

16. El segundo es el río Guijón, junto al cual se dio la ley a los israelitas cuando estaban establecidos en Egipto; para que se retiraran de Egipto y, ceñidos los lomos, comieran el cordero, lo cual es insignia de la templanza. Pues conviene que los castos y santificados celebren la pascua del Señor. Y por eso junto a este río se constituyó primero la observancia legítima; porque este nombre significa una cierta abertura de la tierra. Así como, pues, una abertura absorbe la tierra y cualquier residuo o fronda que haya en ella, así la castidad suele abolir todas las pasiones del cuerpo. Y mercedamente está allí primero la constitución de la observancia, porque por la ley se absorbe el pecado carnal. Bien, pues, se dice que el Guijón, en el cual hay una figura de la castidad, rodea la tierra etíope; para que lave el cuerpo abyecto y apague el incendio de la carne más vil. Etiopía se significa como "abyecta y vil" en la interpretación latina. ¿Pero qué hay más abyecto que nuestro cuerpo? ¿Qué hay tan semejante a Etiopía, que es también negra por ciertas tinieblas de los pecados?

17. El tercero es el río Tigris, que va hacia los asirios, al cual fue llevado cautivo el prevaricador Israel. Se dice que este río es más veloz que todos, el cual habitan los asirios, esto es, los "dirigentes", pues esto significa la interpretación. Por tanto, quienquiera que por la fortaleza del alma haya cautivado los vicios prevaricadores del cuerpo dirigiéndose a lo celestial, ese es considerado semejante a este río. Y por eso también la

fortaleza emana de aquel manantial que está en el paraíso. La fortaleza, además, atraviesa cualquier resistencia con un cierto curso rápido, y su curso no se detiene ante ningún obstáculo de impedimentos.

18. El cuarto es el río Éufrates, que en latín se llama "fecundidad" y "abundancia de frutos", llevando una cierta insignia de la justicia, que alimenta a toda alma. Pues ninguna virtud parece tener 152 frutos más abundantes que la equidad y la justicia, que beneficia más a otros que a sí misma, y descuida sus propias utilidades anteponiendo los emolumentos comunes. Muchos piensan que el Éufrates se llama apo tou euphrainesthai, esto es, por "regocijarse", por el hecho de que el género humano en nada se regocija más que en la justicia y la equidad. En cuanto a la causa de por qué se describen las regiones de los lugares por donde pasan los demás ríos, pero no se describen aquellas por donde pasa el Éufrates, hemos recibido esta: porque se afirma que su agua es vital y tal que fomenta y aumenta. Por lo cual los prudentes de los hebreos y asirios lo llamaron Auxen (el que aumenta); por el contrario, se dice que es el agua de los otros ríos. Además, porque donde hay prudencia, allí también hay malicia; donde fortaleza, allí también ira; donde templanza frecuentemente, allí hay intemperancia u otros vicios; pero donde hay justicia, allí hay concordia de las demás virtudes; por eso no se conoce por los lugares por donde fluye, esto es, no se conoce por una parte. Pues la justicia no es una parte, sino que es como la madre de todas. En

estos ríos, pues, se expresan las cuatro virtudes principales, las cuales han encerrado como los tiempos de este mundo.

19. El primer tiempo, pues, desde el principio del mundo hasta el diluvio, fue de la prudencia, en cuyo tiempo se cuentan los justos: Abel, llamado justo por Dios (Mt. 23, 35); y Enós, esto es, el hombre hecho a imagen de Dios, que esperó invocar el nombre del Señor Dios; y Enoc, que se llama en latín "gracia de Dios", arrebatado al cielo; y Noé, que también él fue justo y una cierta dirección de descanso.

20. El segundo tiempo es el de Abraham e Isaac y Jacob, y el número de los demás patriarcas, en los cuales brilló una cierta casta y pura templanza de la religión. Pues el inmaculado Isaac fue dado como hijo por la promesa de Abraham, no tanto como parto corporal sino prefiriendo el don de la indulgencia divina, en quien precedió la figura del verdaderamente Inmaculado, como enseña el Apóstol diciendo: "Porque a Abraham fueron dichas las promesas, y a su descendencia. No dice: 'y a las descendencias', como en muchos, sino como en uno: 'y a tu descendencia', que es Cristo" (Gál. 3, 16).

21. El tercer tiempo es en la ley de Moisés y los demás profetas. "Pues me faltaría el tiempo narrando sobre Gedeón, Barac, Sansón, David, Salomón y Samuel, y los demás profetas, Ananías, Azarías, Misael y Daniel, Elías y Eliseo, que por la fe vencieron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas, cerraron bocas de leones, apagaron la fuerza del fuego, evitaron el filo de la espada, se

fortalecieron en la debilidad, fueron valientes en la guerra, tomaron campamentos de extraños" (Heb. 11, 32 y ss.). No sin razón, pues, está en estos la especie de la fortaleza. "Pues fueron apedreados", como tienes más abajo, "fueron tentados, murieron por la matanza de la espada. Anduvieron errantes cubiertos de pieles de cabras, necesitados, angustiados y afligidos por dolores, de los cuales el mundo no era digno. Errando por las soledades, por los montes, por las cuevas y por las simas de la tierra" (Heb. 11, 37-38). Rectamente, pues, situamos en estos la especie de la fortaleza.

Mas según el Evangelio es digna la figura de la justicia porque es "virtud para la salvación de todo 153 el que cree". Finalmente, el mismo Señor dice: "Déjalo ahora; pues así nos conviene cumplir toda justicia" (Mt. 3, 15): la cual ciertamente es madre de las demás virtudes fecundas. En la cual, aunque alguna de estas que hemos dicho sea la virtud principal, en ella también las demás están presentes; porque las virtudes mismas están conectadas y concretadas entre sí. Pues ciertamente Abel fue justo, y Abraham fortísimo y pacientísimo, y los profetas prudentísimos; mas Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, estimó el oprobio de Cristo como mayores riquezas que los tesoros de Egipto. ¿Y quién más sabio que Daniel? Salomón también pidió sabiduría y la mereció. Se ha hablado, pues, de los cuatro ríos de las virtudes, cuyo beber es útil. Y porque se dijo que el Fisón tiene el oro bueno de la tierra, y el carbunclo y la piedra prasina, consideremos también qué tipo de cosa es esta.

23. Pues Enós nos parece como el oro bueno, el cual deseó prudentemente conocer el nombre de Dios. Mas Enoc, que fue trasladado y no vio la muerte, es como una cierta piedra de carbunclo de buen olor, la cual el santo Enoc ofreció a Dios con sus obras, respirando una cierta gracia por sus hechos y costumbres. Pero Noé, como la piedra prasina, prefirió un color vital. Puesto que en el tiempo del diluvio solo él fue reservado en aquella arca como para la semilla vital de la futura constitución. Por tanto, bien está el paraíso, que es regado por muchos ríos, hacia el Oriente, no contra el Oriente, esto es, según aquel Oriente cuyo nombre es Oriente (Oriens), esto es, según Cristo, quien derramó un cierto resplandor de luz eterna, y está en Edén, esto es, en el deleite.

CAPÍTULO IV.

Que el hombre no fue hecho en el paraíso, sino puesto en él; pero en él fue hecha la mujer, por la cual él fue engañado. Luego, ¿qué es "trabajar" y "custodiar"?

24. "Y tomó Dios al hombre que había hecho, y lo puso en el paraíso para que lo trabajara y lo custodiara". Ves que el que ya existía, es tomado. Estaba, pues, en la tierra de su formación. Por tanto, la virtud de Dios lo tomó, inspirando los procesos e incrementos de la virtud: finalmente lo colocó en el paraíso, para que sepas que el tomado fue como inspirado por la virtud divina. En este lugar advierte esto —porque fuera del paraíso fue hecho el varón, y la mujer dentro del paraíso— para que adviertas que no por la

nobleza del lugar ni del género, sino por la virtud cada uno se granjea la gracia. Finalmente, hecho fuera del paraíso, esto es, en un lugar inferior, el varón resulta mejor; y aquella que fue hecha en un lugar mejor, esto es, en el paraíso, resulta inferior. Pues la mujer fue engañada primero, y ella misma engañó al varón. Por lo cual el apóstol Pedro mencionó que las mujeres santas, sujetas al vaso más fuerte, obedecieran a sus maridos como a señores (1 Pe. 3, 1). Y Pablo dice: Porque "Adán no fue seducido; pero la mujer, seducida, incurrió en prevaricación" (1 Tim. 2, 14). Y de ahí debe considerarse que nadie debe presumir fácilmente de sí mismo. Pues he aquí que aquella que fue hecha para ayuda del varón, necesita la protección varonil; porque el varón es la cabeza de la mujer: mas aquel que creía que tendría la ayuda de la mujer, cayó por la mujer. Por lo cual nadie debe confiarse fácilmente a otro, sino a aquel cuya virtud haya probado; ni arrogante para sí quien se creyó llamado para auxilio: sino más bien, si encontrara a alguien más fuerte para quien creía ser de protección, tome prestada la gracia de él, tal como el apóstol Pedro manda a los maridos dar honor a sus mujeres diciendo: "Maridos, igualmente, conviviendo según la ciencia, dando honor al vaso mujeril como al más débil, como a coheredera de la gracia de la vida; para que no se impidan vuestras oraciones" (1 Pe. 3, 7).

25. Por lo tanto, el varón fue puesto en el paraíso, y la mujer fue hecha en el paraíso. Pero ya entonces, antes de que la mujer fuera engañada por la serpiente, tenía la gracia del varón,

porque fue tomada del varón: aunque este sea un gran sacramento, como dijo el Apóstol (Ef. 5, 32). Y por eso de él extrajo la causa de la vida. Y por eso solo del varón dijo la Escritura que "lo puso en el paraíso para que lo trabajara y lo custodiara". No es lo mismo trabajar que custodiar. Pues en el trabajo hay un cierto proceso de la virtud, en la custodia se advierte una cierta consumación del trabajo; por el hecho de que custodia las cosas como ya consumadas. Estas dos cosas se requieren del hombre: que por los trabajos busque cosas nuevas y que custodie lo ya adquirido, lo cual es general. Mas Filón, como no captaba las cosas espirituales con su afecto judío, se mantuvo dentro de lo moral, diciendo que se buscan estas dos cosas: el trabajo en el campo y la custodia de la casa. Y aunque el paraíso no necesitara de trabajos rurales, dice; sin embargo, porque el primer hombre había de ser la ley de la posteridad, por eso asumió incluso en el paraíso la especie del trabajo legítimo, para obligarnos a la operación y custodia del debido oficio y al deber de la sucesión hereditaria. Estas dos cosas, pues, se te exigen a ti o moral o espiritualmente. Lo cual también te enseña el salmo profético, porque está escrito: "Si el Señor no edificare la casa, en vano han trabajado los que la edifican. Si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigilan los que la guardan" (Sal. 126, 1). Ves que trabajan los que están en el proceso de la obra y la edificación; mas vigilan aquellos que ya han recibido la custodia de la obra perfecta. Por lo cual también el Señor dijo a los Apóstoles como a quienes ya

eran más perfectos: "Vigilad y orad, para que no entréis en tentación" (Mt. 26, 41); enseñando que el don de la naturaleza perfecta y la gracia de la virtud plena debe ser conservada, y que nadie, ni siquiera el más perfecto, a no ser que vigile, debe estar seguro de sí mismo.

CAPÍTULO V.

Se examina el precepto de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, y se disuelven las dificultades que surgen en torno a él.

26. Y mandó el Señor Dios a Adán, diciendo: De todo árbol que hay en el paraíso para comida, comerás: mas del árbol que es de la ciencia del bien y del mal no comeréis. Porque el día que comiereis de él, moriréis de muerte (Gén. 2, 16 y 17). No es una cuestión ociosa por qué razón, donde mandó comer de todo árbol, dijo en singular: "Comerás" (Edes); mas donde habló del árbol de la ciencia del bien y del mal en plural, dijo: "No comeréis" (Non edetis). Pero si atiendes diligentemente, puede resolverse por la autoridad de las Escrituras. Pues lo que es bueno, esto es lo que debe hacerse: y lo que es bueno y debe hacerse, es consonante y adherente; mas lo que es torpe, esto es disonante, descompuesto y discreto. Y por eso el Señor, pretendiendo siempre la unidad, mandó según la unidad. Finalmente, obra la unidad aquel que hizo de ambos uno. Y no solo de ambos, sino también de todos uno. Pues nos mandó que todos seamos un solo cuerpo y un solo espíritu. Mas en todas las cosas el primogénito, como está en unidad con el Padre, está siempre estrechísi-

mamente unido al Padre; porque el Verbo estaba junto a Dios. Finalmente dice: "Yo y el Padre somos uno" (Jn. 10, 30); para mostrar que la unidad de majestad y de divinidad con el Padre estaba en Él. Pero también nos mandó a nosotros ser uno, y transfundió en nosotros por la adopción de la gracia la semejanza de su naturaleza y unidad, diciendo: "Padre, así como yo y tú somos uno, así también estos sean uno en nosotros" (Jn. 17, 22). Por lo tanto, donde prescribe el bien, prescribe como a uno solo diciendo: "Comerás". Pues la unidad no puede prevaricar. Mas donde dice que no debe probarse del árbol de la ciencia del bien y del mal, dice como a muchos: "No comeréis". Pues lo que es prohibitivo se manda como a muchos. Yo, sin embargo, pienso de otro modo, y encuentro lo que ha de ser en la misma palabra de Dios. Mandó solo a Adán probar de todo árbol, a quien sabía que lo guardaría; mas sobre el árbol de la ciencia del bien y del mal, que no debía probarse, ya no habla en singular, sino en plural. Pues sabía que la mujer prevaricaría, y por eso mostró por la pluralidad que no lo guardarían, porque la sentencia de muchos es discreta.

27. Y en lo que respecta al parecer de los setenta varones [la Septuaginta], está resuelto lo que nos movía. Pero porque Símaco dijo ambos en singular, entendemos que esto se debió a que también en la Ley, cuando Dios habla al pueblo, habla en singular, como tienes: "Escucha, Israel, el Señor tu Dios, es un solo Dios" (Deut. 6, 4); y: "Amarás al Señor tu Dios" (Deut. 6, 6). Ni me perjudica la interpretación de Símaco, que no

pudo ver la unidad del Padre y del Hijo; aunque algunas veces en el discurso tanto Aquila como él mismo lo confesaran. Ni piense nadie que porque Dios habla en singular al pueblo que había de prevaricar los mandatos divinos, esto sea contrario a nuestro discurso anterior; porque el pueblo de los judíos violó incluso los preceptos dados en singular. Pues la Ley es espiritual; y por eso Dios hablaba al pueblo por el oráculo divino, una cosa en el discurso y otra en la predestinación. Finalmente dice: "No cocerás el cordero en la leche de su madre" (Éx. 34, 26).

28. Fácil parecería desde aquí la serie de los preceptos celestiales; si muchísimos no movieran una cuestión a la que debemos responder, para que no extravíen las mentes simples con una interpretación maliciosa. Pues muchísimos, cuyo autor es Apelles, como tienes en el tomo trigésimo octavo de su obra, proponen estas cuestiones: ¿Cómo el árbol de la vida parece obrar más para la vida que la insuflación de Dios? Luego, si Dios hizo al hombre no perfecto; y cada uno se atribuye a sí mismo por la propia industria la perfección de la virtud: ¿no parece que el hombre adquiere para sí más de lo que Dios le confirió? En tercer lugar objetan: Y si el hombre no había probado la muerte, ciertamente no podía conocer la que no había probado. Por lo tanto, si no la había probado, no la conocía; si no la conocía, no podía temerla. En vain, pues, interpuso Dios la muerte como terror, a la cual los hombres no temían.

29. Aprendamos, pues, que Dios produjo el árbol de la vida en el mismo lugar donde también

produjo el árbol de la ciencia del bien y del mal. Pues tienes que produjo el árbol de la vida *en mesō tou paradeisou*, esto es, en medio del paraíso. Pues entre nosotros *en mesō* se entiende que lo produjo en medio. Por lo tanto, en medio del paraíso estaba tanto la vida como la causa de la muerte. Entiende que el hombre no hizo la vida, sino que, o trabajando o custodiando los mandatos de Dios, pudo encontrarla. Pero la vida estaba, como dijo el Apóstol, "escondida con Cristo en Dios" (Col. 3, 3). El hombre, pues, o bien estaba en la sombra de la vida a causa de la vida futura —puesto que esta vida nuestra ahora en la tierra es una sombra—, o bien estaba en una cierta prenda de la vida, porque tenía la insuflación de Dios. Tenía, pues, la prenda de la inmortalidad; pero puesto en la sombra de la vida, no podía ver ni captar con un tacto o aspecto vulgar la vida escondida con Cristo en Dios. Y si aún no era pecador, no era sin embargo de una naturaleza incorrupta e inviolable; como quien después cayó por el pecado, pero de ninguna manera era todavía pecador. Finalmente, estaba en la sombra de la vida; mas los que son pecadores están en la sombra de la muerte. Pues el pueblo de los pecadores, como enseña Isaías (Is. 9, 2), estaba sentado en la sombra de la muerte, para quien nació la luz por la gracia de Dios, no por el mérito de su propia virtud. Por lo tanto, no hay distinción alguna entre la insuflación de Dios y el alimento del árbol de la vida. Ni puede nadie decir que el hombre pueda adquirir para sí más de lo que le ha sido conferido por la liberalidad

divina. ¡Ojalá pudiéramos conservar lo recibido! Pues nuestro trabajo aprovecha para esto: para que recuperemos lo que nos fue otorgado. Aquello tercero que se propuso —que quien no había probado la muerte no podía temer la muerte— tiene fácilmente su resolución por el uso común de la naturaleza. Pues está inserto por naturaleza en todos los seres vivientes que teman incluso aquellas cosas que aún no han experimentado que les dañen, como si fueran nocivas. ¿De dónde les viene a las palomas en su mismo nacimiento el terror al halcón? ¿De dónde son los lofos formidables para las ovejas, y los milanos para los polluelos? Que si en aquellos que son animales irracionales hay un cierto terror natural hacia el género adverso de animales, de modo que incluso los irracionales reciben el sentido de que deben huir de la muerte: cuánto más en el primero hombre, ciertamente llenísimo de razón, debió haber una cierta opinión natural de que la muerte debía ser evitada.

CAPÍTULO VI.

Se disuelven otras muchas dudas suscitadas en torno al precepto dado a Adán y a la prevaricación de Eva.

30. De nuevo plantean otras cuestiones de este modo: No siempre es algo malo no obedecer a un precepto. Pues si el precepto es bueno, la obediencia es honesta; mas si el precepto es perverso, es útil no obedecer. Por lo tanto, no siempre es malo no obedecer a un precepto; sino que es perverso no obedecer a un buen precepto. Mas el

árbol que es operante del conocimiento del bien y del mal es bueno; puesto que Dios conoce tanto el bien como el mal. Finalmente dice: "He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros" (Gén. 3, 22). Si, por lo tanto, es bueno tener el conocimiento del bien y del mal, y es bueno el que también Dios tiene, parece que quien lo prohíbe a los hombres no lo prohíbe rectamente; y esto es lo que proponen. Pero si entendieran qué es conocer, qué fuerza tiene este verbo; si lo entendieran como conviene, pues "conoció el Señor a los que son suyos" (2 Tim. 2, 19); conoció ciertamente a aquellos que de muchos se han hecho uno, en quienes habita y en quienes camina. Conocer ciertamente no consiste en una ciencia sola y superficial, sino en la operación de aquellas cosas que conviene que se hagan. Convenía, pues, que el hombre obedeciera al mandato, mas no obedeciendo prevaricó. Por lo tanto, el que no obedeció erró, porque la prevaricación es pecado. Pero incluso si quisieran atenuar la fuerza del conocimiento, de modo que piensen que se prohibió un conocimiento superficial del bien y del mal, en eso también hay culpa de prevaricación por no haber obedecido al mandato; porque el Señor Dios juzgó que incluso un conocimiento tumultuario del bien y del mal debía ser inhibido.

31. Otra cuestión: Quien no conoce el bien y el mal en nada se diferencia de un niño pequeño. Mas para un juez justo no hay culpa alguna en el niño pequeño. El justo operario del mundo nunca habría llamado a un niño pequeño a la culpa por aquello que no había conocido como bien y mal;

porque el niño pequeño está sin crimen alguno de prevaricación y de culpa. Pero habiendo dicho en lo anterior que es doble el entendimiento de la ciencia del bien y del mal, si aceptamos la ciencia superficial, es ciertamente falso que en nada se diferencie de un niño pequeño quien no conoció el bien y el mal. Si, por el contrario, es falso que en nada se diferencie de un niño pequeño, entonces Adán no era un niño pequeño. Si no era un niño pequeño, se le imputa ciertamente el pecado como a quien no es niño pequeño. Si se le imputa el pecado, la pena sigue al pecado; porque se halla digno de pena quien no procuró evitar el pecado. También puede ocurrir que incluso quien no tiene ciencia del bien y del mal (Is. 7, 16) no sea un niño pequeño; puesto que antes de que el niño conociera el bien y del mal, no creyó en la malicia. Y de nuevo tienes: "Porque antes de que el niño sepa llamar a su padre y a su madre, recibirá la fuerza de Damasco y los despojos de Samaria" (Is. 8, 4). Perfecto es, pues, el que obra el bien, aunque no haya alcanzado la ciencia del bien y del mal, al igual que muchos, antes de conocer la ley, son ley para sí mismos. Lo cual el Apóstol, antes de que dijera "No codiciarás" (Rom. 2, 14), no sabía que la concupiscencia fuera mala. Finalmente él mismo dice: "No conocí el pecado sino por la ley. Pues no conocía la concupiscencia si la ley no dijera: No codiciarás" (Rom. 7, 7). En cuya parte incluso un niño puede ser perfecto por el derecho de la naturaleza, antes de que sepa que la concupiscencia es un crimen o admita el crimen de la concupiscencia. Por lo tanto, según la ciencia superficial, no

quiso Dios que el hombre supiera lo que es malo, para que no fuera incapaz de evitarlo como si fuera imperfecto. Mas no obedeciendo al mandato incurrimos en culpa; por lo tanto confesamos la culpa. Pero de nuevo, si hablamos de una ciencia alta y profunda del bien y del mal, la cual ciencia profunda ciertamente hace al hombre perfecto; no por eso el niño pequeño que no pudo llegar a la ciencia alta y profunda es condenado justamente como si no fuera niño pequeño.

32. De nuevo siembran cuestiones: Quien no conoce, dicen, el bien y el mal, ni siquiera sabe que es malo no guardar el mandato, ni conoce el bien mismo, que es obedecer al mandato. Y por tanto, porque no lo conocía, fue digno de perdón, dicen, quien no obedeció, no de condenación. Esta cuestión ciertamente tiene su resolución a partir de aquello que mencionamos antes. Pues el hombre pudo considerar, por las cosas que Dios le había conferido antes —que recibió la insuflación de Dios, que fue colocado en el paraíso del placer (**paradyso voluptatis**)—, que debía prestarse al Autor la máxima obediencia. Y por eso, si no conocía la fuerza del bien y del mal; sin embargo, porque el Autor de tantas cosas había dicho que no se debía probar del árbol de la ciencia del bien y del mal, debió haber guardado fidelidad al maestro. Pues no se exigía de él pericia (**peritia**), sino fe (**fides**). Entidía ciertamente que Dios preeminía sobre todos, y por lo tanto debió haber mirado a la persona del que mandaba. Y aunque no entendiera la fuerza y la calidad de lo mandado; sabía, sin embargo, que debía prestar-

se reverencia al maestro. Tenía en su naturaleza esta opinión; aunque no tuviera el juicio del bien y del mal. Finalmente la mujer dijo a la serpiente: "De todo árbol del paraíso comeremos; mas del fruto del árbol que está en medio del paraíso dijo Dios: No comeréis de él" (Gén. 3, 3). Así, pues, sabía que debía obedecerse al mandato, de modo que dijo: De todo fruto comeremos, lo cual el Señor había mandado; mas sobre el árbol que está en medio del paraíso, dice que fue mandado por Dios que no se probara, para que no murieran de muerte. Por lo tanto, porque supo que debía prestarse obediencia al mandato, supo ciertamente que era malo prevaricar, y por eso es justamente condenada por haber prevaricado.

33. Aceptad otra cosa: Si la toma del árbol de la ciencia del bien y del mal era tan operante que se reconocían el bien y el mal —lo cual parece mostrar la Escritura cuando dice: "Porque cuando comieron ambos, se abrieron sus ojos y conocieron que estaban desnudos" (Gén. 3, 6-7); esto es, se abrieron los ojos del corazón, y conocieron que era torpe vivir desnudos—; sin duda cuando la mujer probó del árbol de la ciencia del bien y del mal, pecó y conoció que había pecado. Aquella, por lo tanto, que había conocido que había pecado, al menos no debió invitar al varón a la comunión del pecado. Pero seduciendo al varón, y dándole aquello que ella misma había probado, no evitó, sino que repitió el pecado. Pues ciertamente, si miras verdaderamente a la razón, no debió arrastrar a aquel a quien amaba al consorcio de la pena, sino que más bien debió

haber apartado, incluso al ignorante, de aquello que ella misma había reconocido ser pecado; aunque parece que esta mujer, sabiendo que tras la culpa no podría estar en el paraíso, temió que solo ella fuera expulsada del paraíso. Finalmente se escondieron ambos después de la culpa. Conociendo, pues, que había de ser excluida, no quiso verse privada del consorcio del varón a quien amaba.

34. Aceptad de nuevo: No es un mal el conocimiento del mal; sino cuando el acto consuma la malicia. Pues no inmediatamente quien conoce el mal hace lo que es mal; sino el que obra lo que sabe que es mal. Mas el incentivo para obrar lo que es mal suele ser o la ira (*iracundia*) o la codicia (*cupiditas*). Ni es necesario que inmediatamente quien tiene ciencia del mal haga lo que sabe que es perverso, a no ser que sea vencido o por la ira o por la codicia. De donde lo que llamamos incentivo de pecar es o la ira, o la codicia, o frecuentemente el temor (*formido*), aunque del temor nazca la codicia, mientras cada uno quiere evitar lo que teme. Y por eso rectamente pusimos la ira y la codicia como incentivos de los dos vicios restantes. Consideremos, pues, si Eva fue incitada al vicio por estos estímulos. Pero ni estaba airada con su marido, ni fue vencida por la codicia: al menos en lo segundo yerra, al dar de comer al varón lo que ella misma ya había probado. En lo primero había sido la codicia la autora del error para que ella misma comiera, y fue la causa del pecado siguiente. Pues lo que ya había probado, no podía desearlo; y al probarlo, había

alcanzado el conocimiento del mal. Por lo tanto, el mal que había advertido no debió derivarlo hacia el varón, ni hacer a su propio cónyuge prevaricador del mandato divino. Sabiendo, pues, y prudente pecó, y sabiendo arrastró al varón a su error. De otro modo, se hallará que es falso el discurso sobre el árbol de la ciencia del bien y del mal, si incluso después de haber comido de aquel árbol, no pudo tener el conocimiento del mal. Que si el discurso es verdadero, ciertamente no pudo tener causa de codicia; aunque muchísimos piensen que debe ser excusada por el hecho de que, amando al varón, temió ser separada de él, y pretendan que esta sea la causa de la codicia: que quiso estar con su marido.

CAPÍTULO VII.

Se pregunta si la muerte le sobrevino al hombre por parte de Dios, o del árbol, o finalmente de otra parte; y la objeción se disuelve con una respuesta múltiple.

35. De nuevo se insinúa otra cuestión: de dónde le sobrevino la muerte a Adán, si de la naturaleza de un árbol de tal clase, o bien de Dios. Si adscribimos esto a la naturaleza del árbol, parece que el fruto de este árbol aventaja a la insuflación vivificante de Dios; puesto que el fruto de este árbol arrastró a la muerte a quien la insuflación había vivificado. O si recordamos que Dios es el autor de la muerte, dicen que lo acusamos con una doble opinión: que o fue tan implacable que no quiso perdonar pudiendo; o si no pudo perdonar, parezca débil. Veamos, pues, cómo ha

de disolverse esto. Si no me equivoco, la causa de la muerte fue la desobediencia; y por lo tanto el hombre mismo es para sí causa de muerte, no teniendo a Dios como autor de su muerte. Pues ni siquiera si el médico prescribió al enfermo de qué cosas parece que debe guardarse, y aquel no pensó que debía abstenerse de lo prohibido, el médico es para él causa de muerte: sino que ciertamente él mismo es reo de su propia muerte. Así pues, Dios, como buen médico, prohibió que Adán gustara cosas nocivas.

36. Aceptad de nuevo: Conocer el bien es mejor que no conocerlo; y para aquel que conoce el bien, es hermoso conocer qué es el mal, para que sepa precaver lo que es mal, y para que como prudente asuma la cautela de la custodia. Pero, por otra parte, no basta solo esto, conocer qué es el mal; no sea que, al conocer el mal, empieces a ser defraudado de la ciencia del bien. Es más hermoso, por tanto, que conozcamos ambos; para que, porque conocemos el bien, huyamos de lo que es mal; y por aquello que conocemos como mal, prefiramos la gracia del bien. Pero debes conocer ambos de tal modo que los conozcas profundamente, y que ejecutes lo que conoces, y el acto sea congruente con la ciencia. De otro modo, la Escritura indica que es más tolerable (Lc 12, 47) quien ignora ambos que quien conoció ambos superficialmente. Pues grava conocer lo que no puedes ni ejecutar ni evitar: grava conocer sin el uso y la obra del conocimiento profundo. Finalmente, obsta para la estimación del médico conocer qué aprovecha y qué daña al enfermo, a no ser que

use aquel conocimiento como conviene: y por eso no es buena la ciencia a no ser que la uses como conviene.

37. Asimismo aceptad: No en vano fue producido el árbol de la ciencia del bien y del mal en medio del paraíso: y si hubiera sido producido para cualquier hombre, sería superflua la interdicción. Pero ni se hizo en vano, ni se hizo para otro sino para el hombre, que recibió el mandato; para que no usara solo aquel, sino aquel con los demás. Pues si discutes muchas cosas, hallarás muchísimas y plenamente innumerables que pueden dañar a quien no sabe usarlas. Ni hallarás las riquezas mismas fructuosas si, teniendo el rico subsidios de largueza, niega los alimentos a los pobres, excluye al indigente desprovisto de auxilio, o extorsiona lo ajeno porque prevalece en poder. La belleza misma y una forma del cuerpo más grata frecuentemente arrastra al vicio más que la deformidad. ¿Acaso alguien desea tener hijos más deformes que hermosos, y desea que sus hijos sean más bien pobres que ricos? Hay muchísimas cosas de esta clase que no deben referirse a la imprudencia del que las otorga, sino al error del que las usa mal. Y por eso debe ser acusado el que las usa más bien que el que las da.

CAPÍTULO VIII.

Se resuelven las cuestiones sobre la prescencia de Dios acerca de las prevaricaciones de Adán, y la opinión del bien y del mal divinamente impresa en las mentes humanas.

38. De nuevo una cuestión: ¿Sabía Dios que Adán prevaricaría sus mandatos, o no lo sabía? Si no lo sabía, esta no es una afirmación del poder divino; pero si lo sabía, y no obstante sabiéndolo mandó cosas que serían descuidadas, no es propio de Dios prescribir algo superfluo. Pero prescribió algo superfluo a aquel primer Adán (*protoplasto*), pues sabía que de ningún modo lo guardaría; ahora bien, Dios nada hace en vano; por lo tanto, la Escritura no es de Dios. Pues esto objetan los que no reciben el Antiguo Testamento, e intercalan estas cuestiones. Pero estos deben ser vencidos por su propia sentencia y opinión. Pues ya que no rechazan la fe del Nuevo Testamento, deben ser argüidos con el ejemplo para que crean en el Antiguo: puesto que, al convenir entre sí los preceptos y hechos divinos, es evidente que debe creerse que el Testamento de ambos es de un solo autor. Aprendan, pues, que no fue superfluo, ni injusto, que se prescribiera un mandato incluso a quien habría de prevaricar. Pues también el mismo Señor Jesús eligió a Judas, a quien sabía que sería traidor. Si piensan que fue elegido por imprudencia, derogan el poder divino. Pero no pueden estimar esto, cuando la Escritura dice: "Porque sabía Jesús quién era el que lo había de entregar" (Jn 6, 65). Enmudezcan, pues, estos impugnadores del Antiguo Testamento.

39. Pero puesto que parece que debe responderse también a los gentiles, si por acaso objetaran esto —quienes no reciben el ejemplo, sino que exigen una razón—, acepten también ellos

por qué razón el Hijo de Dios o dio un mandato a quien habría de prevaricar, o eligió a quien habría de traicionar. El Señor Jesús había venido a salvar a todos los pecadores; incluso respecto a los impíos debió mostrar su voluntad. Y por eso ni debió pasar por alto al que habría de traicionar; para que todos advirtieran que en la elección incluso de su traidor, presentó una señal de la salvación de todos; ni en ello fue dañado Adán, porque recibió el mandato, ni Judas, porque fue elegido. Pues Dios no impuso la necesidad ni a aquel de la prevaricación, ni a este de la traición, porque cada uno, si hubiera custodiado lo que había recibido, habría podido abstenerse del pecado. Finalmente, sabía que ni todos los judíos habrían de creer, y sin embargo dice: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt 15, 24). Por tanto, la culpa no está en el que manda, sino que el pecado está en el que prevarica. Y lo que hubo en Dios, lo mostró a todos: que quiso liberar a todos. Ni digo, sin embargo, que no sabía que la prevaricación habría de ser; antes bien, afirmo que lo sabía: pero no por eso debió derivar sobre sí la envidia del traidor que perece, para que se adscribiera a Dios que ambos hubieran caído. Mas ahora ambos son redargüidos y convencidos; porque tanto aquel recibió el mandato para que no cayera, como este fue incluso admitido en el oficio del apostolado, para que incluso por el beneficio de Dios fuera revocado del afecto de traición; a la vez que, mientras otros son convencidos, aprovechara a todos. Pues el pecado no existiría si no hubiera habido interdicción. No

existiendo el pecado, tal vez no solo la malicia, sino tampoco la virtud existiría: la cual, a no ser que hubiera habido algunas semillas de malicia, no podría ni subsistir ni sobresalir. Pues ¿qué es el pecado sino la prevaricación de la ley divina, y la desobediencia de los preceptos celestiales? Pues no juzgamos sobre los mandatos celestiales con los oídos del cuerpo: sino que, siendo la palabra de Dios, brotaron en nosotros ciertas opiniones del bien y del mal; mientras entendemos naturalmente que lo que es mal debe ser evitado, y entendemos naturalmente que lo que es bien nos es prescrito. En ello, pues, parece que oímos la voz del Señor, en que prohíbe unas cosas y prescribe otras. Y por eso, si alguien no obedeciere a aquellas cosas que creemos prescritas una vez por Dios, es estimado reo de pena. Mas el precepto de Dios no lo leemos como inscrito con tinta en tablas de piedra, sino que lo tenemos impreso en nuestros corazones por el Espíritu del Dios vivo. Por lo tanto, nuestra opinión se hace a sí misma ley. Pues si los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente lo que es de la ley; no teniendo tal ley, ellos mismos son ley para sí, que muestran la obra de la ley escrita en sus corazones. La opinión humana, pues, es para sí como la ley de Dios.

40. De nuevo plantean a partir de aquí otra cuestión, para acusar, en lugar de aquel mandato que dijimos que consiste en la opinión del hombre, a esta misma opinión impresa en nosotros por Dios como prescripción de la ley divina. Sabía, dicen, que el hombre habría de pecar quien lo creó, ¿e imprimió estas opiniones del bien y del

mal, o no lo sabía? De modo que, si dijeras que no lo sabía, sentirías algo ajeno a la majestad de Dios; pero si dijeras que Dios, sabiendo que el hombre habría de pecar, sin embargo le imprimió opiniones comunes del bien y del mal, para que por la mezcla de males no pudiera conservar la perpetuidad de la vida, parecerías significar que en lo primero no era presago del futuro, y en lo segundo no era un Dios bueno. Y de aquí argumentan que la criatura del hombre no fue hecha por Dios. Pues tal como mostramos arriba que ellos dicen que no hay mandato de Dios, así también aquí dicen: No es, por tanto, la criatura del hombre de Dios, porque Dios no hizo el mal. Mas el hombre recibió la opinión del mal mientras se le manda abstenerse de los males. Con este género de razonamiento intentan afirmar que uno es el Dios bueno y otro el hacedor del hombre. A los cuales debe responderse al punto según su propia opinión. Pues si no quieren que el hombre haya sido hecho por Dios porque el hombre es pecador, y rehúyen esto para que el Dios bueno no parezca haber hecho a un pecador, porque no piensan que es bueno quien hace a un pecador; digan si piensan que el hacedor del hombre fue hecho por Dios. Pues si aquel, el hacedor del hombre como dicen, fue hecho por Dios, ¿cómo el Dios bueno hizo a un hacedor del mal? Ciertamente no sería bueno, pues quien hace a un pecador no es bueno; debe cuidarse no sea más grave haber hecho al hacedor del pecador. Pues el Dios bueno debió prohibir el nacimiento de aquel que habría de introducir la sustancia del pecado. Que si

dicen que el hacedor del mal no fue engendrado, debe preguntarse si el Dios bueno pudo inhibir de algún modo la malicia incipiente, ¿o no pudo? Pues si no pudo, es débil; si pudo y no lo hizo, no es bueno. Por tanto, si estas cosas no son congruentes entre sí, ni las opiniones de los herejes les son congruentes, busquemos si tal vez fue de razón la causa por la cual Dios permitió que la malicia de aquel hacedor, ya fuera engendrado o no engendrado, entrara en este mundo, pudiendo inhibirla.

41. Así pues, manteniendo a un solo y mismo Dios como bueno y como hacedor, establezcamos, si podemos, aquello que convenga a la gracia de ambos, ni declinemos la envidia de la acusación de aquellos que dicen así: ¿Cómo es un Dios bueno quien no solo permitió que entrara en este mundo la malicia, sino que incluso permitió que viniera a tanta confusión? Pero esta acusación tendría lugar si de tal modo infectara la fuerza del alma y los íntimos secretos de la mente que de ningún modo pudiera ser abolida, y el virus de heridas inmedicables se asentara en nuestra mente y alma; pues habría un lugar más apto para esta queja de que, pudiendo Dios todo, permitió sin embargo que el hombre pereciera. Mas puesto que nuestro Dios misericordioso reservó remedios para rechazar el error, y no abolió la facultad de abolir todo contagio, ¿cómo es irracional o injusto si permitió que nuestro ser material fuera tentado por cierta trepidación de la fragilidad humana, para que después una gracia más abundante (*foeneratior*) por la penitencia

de los delitos volviera al afecto del hombre, y consciente de su fragilidad por haber trepido tan fácilmente desviándose de la serie de los mandatos divinos, temiera perder los mandatos celestiales como el timón (*clavum*) de un alma fluctuante; atribuyendo más a la misericordia divina por haber recibido lo perdido, y atribuyéndose algo de gracia por el hecho de volver?

CAPÍTULO IX.

¿Acaso convino que Dios diera al hombre un precepto sobre la comida?; y ¿por qué al proponer la pena no se dijo "moriréis", sino "moriréis de muerte"?

42. Consideremos ahora cuál sea aquella razón: qué sea esto de que, al dar el mandato al hombre, prescribiendo sobre aquella admirable y dichosa vida, para que no haciendo lo contrario muriera de muerte, pensara que debía mandarse sobre el comer y el no comer. Pues hay quienes piensan que de ningún modo este mandato conviene al Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas; de ningún modo digno de los habitantes del paraíso, por el hecho de que aquella vida es semejante a la de los Ángeles. Y por eso podemos estimar que este alimento terreno y corruptible no fue para ser comido; porque quienes no beben ni comen, serán como los ángeles en el cielo. Siendo así que en la comida no hay premio, porque el manjar no nos encomienda a Dios; ni hay gran peligro, porque no lo que entra en la boca mancha al hombre, sino lo que sale de la boca: parece sin duda que no fue prescrito por tan gran

autor, a no ser que refieras este alimento a aquel profético, porque como gran premio el Señor promete a sus santos: "He aquí que los que me sirven comerán; mas vosotros tendréis hambre" (Is 65, 13). Pues este es el alimento en el que se define la vida eterna, del cual quienquiera que fuere defraudado, morirá de muerte. Puesto que el pan vivo y celestial es el Señor mismo, que da la vida a este mundo. De donde también Él mismo dice: "Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no tendréis vida eterna" (Jn 6, 54). Había, pues, algún pan sobre el cual había prescrito que los habitantes del paraíso debían comer. ¿Cuál era aquel? Aceptad lo que dice: "El hombre", dice, "comió el pan de los ángeles" (Sal 77, 25). Pues es pan bueno, si haces la voluntad de Dios. ¿Quieres saber cuán bueno es el pan? El mismo Hijo come este pan, del cual dice: "Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Jn 4, 34).

43. Veamos de nuevo por qué razón el Señor Dios dijo a Adán "moriréis de muerte": qué diferencia haya entre que alguien diga "moriréis", o añada "moriréis de muerte". Pues debemos mostrar que nada hay superfluo en el mandato de Dios. Así pues, esto pienso. Siendo dos cosas contrarias entre sí la muerte y la vida, según el habla simple decimos "vivir" de la vida, y "morir" de la muerte. Mas si quisieras duplicar ambas, porque la vida hace la vida, se dice "vive la vida", como tienes en la ley. Y porque la muerte hace la muerte, se dice "morirá de muerte". Mas no es superflua esta duplicación: pues hay vida para la

muerte, y hay muerte para la vida; porque uno incluso mientras vive, muere; y mientras muere vive. Se hacen, pues, cuatro distinciones: vivir la vida, morir la muerte, vivir de muerte, morir de vida. Siendo esto así, debemos excluir el prejuicio del uso y la costumbre; porque el uso tiene esto de que comúnmente se dice "vivir" tanto del que vive para la vida como del que vive para la muerte; y comúnmente se dice "morir" o de aquel que muere para la muerte, o de aquel que muere para la vida. Así pues, de aquellas cuatro significa dos, al decir que el viviente vive, ni distingue lo mejor y lo peor, y dice que el moribundo muere, ni parece haber discreción entre la mala y la buena muerte. Pues se significa cierta vida indiscreta, tal como la de los seres irracionales o incluso de los párvulos, e igualmente una muerte indiscreta.

44. Dejado a un lado, pues, el uso común, consideremos qué sea vivir la vida, y qué sea morir la muerte, y qué sea vivir para la muerte, y morir para la vida. Pienso, en efecto, según las Escrituras, que vivir la vida significa aquella cierta vida admirable y dichosa, y parece demostrar este uso de vivir y el don de respirar como conjuntado con la gracia de la vida dichosa, y mezclado por cierta participación. Pues esto es vivir la vida: vivir por la virtud, tener los actos de la vida dichosa en la vida de este cuerpo. Por el contrario, ¿qué otra cosa es morir la muerte, sino significar con la muerte del cuerpo la deformidad del que muere, cuya carne es defraudada del don común de vivir, y cuya alma no puede tener el uso de la vida eterna? Hay también quien muere por la vida,

como el que vive en el cuerpo, pero muere por su propio acto: tales son aquellos de quienes dice el Profeta: "Descienden vivos al infierno" (Sal 54, 16). Y aquella de quien dice el Apóstol: "Porque viviendo está muerta" (1 Tim 5, 6). Resta lo cuarto: que hay quienes incluso viven por la muerte, como los santos mártires, que ciertamente mueren para vivir. Muere la carne, mas vive la gracia de los muertos. Por tanto, lejos de nosotros que vivamos como partícipes de la muerte: sino que, por el contrario, muramos como partícipes de la vida. Pues el santo ni siquiera quiere ser partícipe de esta vida, aquel que dice: "Deseo ser disuelto y estar con Cristo; pues es mucho mejor" (Flp 1, 23). Y otro: "¡Ay de mí, que mi morada se ha prolongado!" (Sal 119, 5). Doliéndose ciertamente, mientras espera los consorcios de la vida eterna, de estar contenido por la fragilidad de esta vida. Y por eso puedo decir, por el contrario, que aunque vivir para la vida sea bueno, sin embargo vivir para la vida es ambiguo. Pues puede decirse que alguien vive para la vida, esto es, que milita para la vida eterna por la vida de este cuerpo. También puede decirse vivir para la vida, esto es, que cualquiera, o incluso un santo, tenga deseo de esta vida corporal; como por ejemplo, si alguien piensa que se debe vivir honestamente para alcanzar longevidad de vida con buenas acciones, tales como son muchísimos de los más débiles a quienes esta vida deleita.

45. Así como, pues, hemos recibido qué es vivir la vida, recibamos qué es morir la muerte, o vivir para la muerte. Pues puede haber quienes

mueran para la muerte, y quienes vivan para la vida. Pues quien no vive de tal modo que viva según la muerte de su alma, ese muere para la muerte, porque no es reo de muerte, esto es, el vínculo de la muerte calamitosa lo soltó, no está constreñido por las cadenas de la muerte eterna. Ha muerto para la muerte, esto es, ha muerto para el pecado, ha muerto para la pena; cuyo contrario es vivir para la pena, esto es, cuando alguien vive para la pena, vive para la muerte. Mas quien muere para la pena, muere para la muerte. Hay también quien, puesto en esta vida, muere para la vida, como aquel que dice: "Vivo, pero ya no yo, sino que vive en mí Cristo" (Gál 2, 20). Pues para el pecado ha muerto, para Dios vive, esto es, la muerte en él ha muerto, mas la vida vive, que es el Señor Jesús. Por tanto, buena es la vida de aquellos que viven para Dios, mala la vida de aquellos que viven para el pecado. Hay también una vida media, como la de los demás seres animados, tal como tienes escrito: "Produce la tierra alma viviente según su género" (Gén 1, 24). Hay también vida de los muertos, como el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; porque Dios no es de muertos, sino de vivos. Hay también aquellos para quienes hay cierta comunidad de muerte y vida, de los cuales dice el Apóstol diciendo: "Si habéis muerto juntamente, también viviréis juntamente." Pues si hemos sido plantados juntamente", dice, "a la semejanza de su muerte, a la vez lo seremos de su resurrección: sabiendo que nuestro viejo hombre ha sido juntamente clavado en la cruz, para que

se destruya el cuerpo del pecado, para que ya no sirvamos al pecado. Pues el que ha muerto, justificado ha sido del pecado (Rom 6, 5). Así como dijimos que hay muchas figuras de la vida, así también hallaremos de la muerte. Pues se llama muerte mala, según aquello: "El alma que pecare, esa morirá" (Ez 18, 20). Se dice también muerte comúnmente, como tienes por ejemplo: "Porque Adán vivió tantos años, y murió, y fue reunido con sus padres". Se dice también muerte por el sacramento del bautismo, como tienes: "Fuimos sepultados juntamente con él por el bautismo en la muerte" (Rom 6, 4). Y en otra parte: "Mas si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos juntamente con él" (Ibíd. 8). Ves que ciertamente se dice muerte por el nombre, pero esta es nuestra vida.

CAPÍTULO X.

¿Por qué Dios no aprobó al hombre sino después de hecha la mujer, y eso principalmente siendo que por ella aquel fue engañado y pecó?; e igualmente ¿por qué ella fue creada no de la tierra, como Adán, sino de su costilla?

46. Asimismo otra cuestión, porque dijo el Señor: "No es bueno que el hombre esté solo" (Gén 2, 18). Primero de todo, reconoce que en lo anterior, donde Dios formó al hombre del limo de la tierra, no añadió: "Y vio Dios que era bueno" (Gén 1, 11 y ss.), tal como hizo en cada una de sus obras. Pues si hubiera dicho allí que era bueno porque el hombre fue hecho, se hallaría que esto sería contrario al decir aquí que no era bueno,

habiendo dicho en lo anterior que era bueno. Pero reconoce esto allí donde hizo solo a Adán. Por lo demás, donde comprende comúnmente tanto al varón como a la mujer hechos, aunque ni allí lo haya dicho especialmente; sin embargo, porque después tienes: "Vio Dios todas las cosas que había hecho, y he aquí que eran muy buenas" (Gén 1, 31), evidentemente se declara que es bueno que tanto el varón haya sido hecho como la mujer.

47. Pero de esta cuestión surge de nuevo otra cuestión. ¿Por qué cuando solo Adán fue hecho, no se dijo que Adán fue hecho bueno; mas cuando también la mujer fue hecha de él, entonces se comprendió que todas las cosas eran buenas? Aunque allí alabó a toda criatura, y la creación del universo fue aprobada, puesto que en el hombre está la predicha comunidad de naturaleza: sin embargo, no parece ocioso por qué razón allí donde solo Adán fue hecho, no solo de ningún modo se añadió la predicación de bueno a la obra complaciente; sino que incluso se dijo que no era bueno que el hombre estuviera solo: cuando sabemos que antes de que se hiciera la mujer, Adán no erró; mas después de que la mujer fue hecha, ella, prevaricando primero el mandato divino, también arrastró a su varón al error, y fue su incentivo. Si, por tanto, la mujer es en verdad autora de la culpa, ¿cómo es añadida para bien? Pero si consideras que Dios tiene cuidado del universo, hallarás que debió placer más al Señor aquello en lo que estuviera la causa del universo, que haber de ser condenado aquello en lo que estuviera la causa del pecado. Y por eso, porque del varón solo

no podía ser la propagación del género humano, pronunció el Señor que no es bueno que el hombre esté solo. Pues prefirió Dios que hubiera más a quienes pudiera salvar, y a quienes perdonara el pecado, que un solo Adán que estuviera libre de culpa. Finalmente, porque el mismo es autor de ambas obras, vino a este mundo para salvar a los pecadores. Por último, ni siquiera permitió que Caín, reo de parricidio, pereciera antes de que engendrara hijos. Por tanto, a causa de la generación de la sucesión humana debió la mujer ser añadida al varón. Finalmente, esto declaran las mismas palabras de Dios diciendo que no es bueno que el hombre esté solo. Pues aunque la mujer habría de pecar primero, sin embargo ella, que habría de engendrar la redención para sí, no debió ser excluida del uso de la operación divina. Pues aunque Adán no fue seducido, mas la mujer fue seducida y estuvo en prevaricación, "se salvará", dice, "por la generación de los hijos", entre los cuales engendró también a Cristo (1 Tim 2, 14 y 15).

Ni es ocioso que no de la misma tierra de la que fue plasmado Adán, sino de la costilla del mismo Adán fue hecha la mujer; para que supiéramos que una es la naturaleza del cuerpo en el varón y en la mujer, una sola fuente del género humano. Por eso no fueron hechos dos desde el principio, varón y mujer, ni dos varones, ni dos mujeres, sino primero el varón, después de él la mujer. Pues queriendo Dios constituir una sola naturaleza de hombres, empezando de un solo principio de esta criatura, quitó la posibilidad de muchas

y dispares naturalezas. Hagámosle", dice, "una ayuda semejante a él (Gén 2, 18). Entendemos una ayuda para la generación de la constitución humana. Y verdaderamente una ayuda buena. Pues si tomas "ayuda" por algo mejor, se halla cierta operación mayor de la mujer en la causa de la generación; tal como la de esta tierra que, al contener las semillas recibidas primero, poco a poco con su fomento las hace crecer y las produce en cosecha. En eso, pues, está la buena ayuda de la mujer, aunque también sea llamado inferior el ayudante; como también hallamos en el uso humano, porque los que son superiores en dignidad frecuentemente toman un ayudante de mérito inferior.

CAPÍTULO XI.

Cómo los animales fueron llevados ante Adán; qué nos enseña su sopor y la edificación de la costilla; qué significan también los mencionados animales llevados al paraíso; y de qué modo los justos son arrebatados al paraíso.

49. Mira ahora por qué Dios formó todavía de la tierra todas las bestias del campo y todas las aves del cielo, y las llevó ante Adán para ver cómo las llamaría. ¿Por qué razón se hizo esto, siendo que Dios llevó ante Adán solamente las bestias del campo y las aves del cielo? Pues había ganado según su especie. Finalmente, tienes más abajo: Porque Adán puso nombres a todo el ganado y a todas las bestias del campo. Pero para Adán no se halló una ayuda semejante a él (Gén 2, 20). ¿Qué explicación hay, pues, sino que las bestias

indómitas y las aves del cielo son conducidas al hombre por el poder divino? En cambio, sobre la reunión del ganado domesticado, el hombre mismo tuvo potestad. Así pues, aquello habría sido de la operación divina, esto de la diligencia humana. Al mismo tiempo, recibe la causa por la cual todas las cosas fueron llevadas ante Adán: para que en todas viera que la sustancia de la naturaleza consta de ambos sexos, esto es, de macho y hembra, y él mismo por el uso y el ejemplo reconociera que le era necesario el consorcio de la mujer que le fue añadido.

50. "E infundió", dice, "Dios un sopor (soporem) en Adán, y se durmió" (Ibíd., 21). ¿Qué es este sopor, sino que por un momento, cuando dirigimos nuestro ánimo a contraer matrimonio, parecemos inclinar y desviar nuestros ojos atentos del reino de Dios hacia un cierto sueño de este mundo, y por un momento dormir para las cosas divinas mientras descansamos en las seculares y mundanas? Finalmente, después de que infundió el sopor en Adán y este durmió, entonces el Señor Dios edificó la costilla que tomó de Adán para hacer una mujer. Bien dijo "edificó" donde hablaba de la creación de la mujer, porque en el varón y en la mujer se ve una cierta perfección plena de la casa. El que no tiene esposa es considerado como si no tuviera casa. Pues así como el varón se estima más apto para los oficios públicos, así la mujer para los servicios domésticos. Considera que tomó una costilla del cuerpo, no una porción del alma; esto es, no alma de alma, sino "hueso de

mis huesos y carne de mi carne, esta será llamada mujer".

51. Por lo tanto, hemos reconocido la causa de la generación humana. Pero porque a muchos que observan con más cuidado les inquieta: cómo, si ya al principio fue un gran don de Dios hacia los hombres que los hombres fueran colocados en el paraíso, o después pareciera ser la remuneración de grandes méritos que cada justo sea arrebatado al paraíso, se dice que también las bestias y el ganado del campo y las aves del cielo estuvieron en el paraíso. Por lo cual muchos han querido que el paraíso sea el alma del hombre, en la cual han brotado ciertos gérmenes de virtudes; y que el hombre fue puesto tanto para trabajar como para custodiar el paraíso, esto es, la mente (*mens*) del hombre cuya virtud parece cultivar el alma, y no solo cultivarla, sino también, una vez cultivada, custodiarla. En cambio, las bestias del campo y las aves del cielo que son llevadas ante Adán son nuestros movimientos irracionales, dado que las bestias o el ganado son ciertas diversas pasiones del cuerpo, o más turbulentas o también más lánguidas. Y las aves del cielo, ¿qué otra cosa estimamos que son sino pensamientos vanos que, al modo de las aves, revolotean alrededor de nuestra alma y a menudo la llevan de un lado a otro con variado movimiento? Por eso, ninguna ayuda semejante a nuestra mente (*mens*) fue hallada, sino el sentido (*sensus*), esto es, *aisthesis* (αἴσθησις). Solo al sentido pudo nuestro *nous* (νοῦς) hallar semejante a sí mismo.

52. Pero tal vez arguyas que, porque Dios también colocó estas cosas en tal paraíso —esto es, las pasiones del cuerpo y una cierta vanidad de pensamientos fluctuantes o vanos—, Él mismo fue el autor de nuestro error. Considera lo que dice: "Tened", dice, "potestad sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y sobre todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra" (Gén 1, 28). Ves que Él te ha otorgado la potestad; para que tú debas juzgar sobre todas las cosas y discernir los géneros de cada una con la sobria definición de tu juicio. Dios llamó a todas las cosas ante ti, para que sobre todas las cosas conocieras tu mente (*mens*). ¿Por qué quisiste adoptar y unir a ti aquellas cosas que viste que no eran en absoluto semejantes a ti? Ciertamente te dio el sentido (*sensus*) con el cual conocieras todas las cosas y juzgaras sobre lo conocido, y mercedamente fuiste expulsado de aquel fértil campo del paraíso porque no pudiste guardar el mandato. Pues sabía Dios que eras frágil, sabía que no podías juzgar; por eso dijo, como a los más frágiles: "No juzguéis para que no seáis juzgados" (Mat 7, 1). Por lo tanto, porque supo que eras débil para juzgar, quiso que fueras obediente al mandato; por eso puso el precepto. Pues si no hubieras prevaricado, no habrías podido caer en el peligro de un juicio incierto. Así pues, puesto que quisiste juzgar, por eso añadió: "He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros, para saber el bien y el mal" (Gén 3, 22). Quisiste arrogarte el juicio, por lo tanto no debes rechazar la pena de un

juicio depravado. Sin embargo, te puso frente al paraíso, para que no puedas abolir su memoria.

53. Finalmente, los justos son a menudo arrebatados al paraíso, tal como Pablo fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables. Y tú, si por el vigor de tu mente fueras arrebatado del primer cielo al segundo, y del segundo al tercero —esto es, porque primero cada hombre es corporal, segundo animal, tercero espiritual—; si así fueras arrebatado al tercer cielo de modo que veas el fulgor de la gracia espiritual (pues el hombre animal no conoce las cosas que son del Espíritu de Dios), y por eso la ascensión del tercer cielo te es necesaria para que seas arrebatado al paraíso: serás arrebatado ya sin peligro, para que puedas juzgar todas las cosas, porque el hombre espiritual juzga todas las cosas, pero él no es juzgado por nadie. Y tal vez, como quien todavía es frágil, oirás palabras inefables que no le es lícito al hombre hablar; y entonces lo que hayas recibido, resérvalo, y lo que hayas oído, custódialo. El apóstol Pablo lo custodiaba para no caer, o ciertamente para no hacer errar a otros. O tal vez Pablo dice "que no le es lícito al hombre hablar" (2 Cor 12, 4 y 7) por esta razón: porque estaba todavía constituido en el cuerpo, esto es, veía las pasiones de este cuerpo, veía la ley de su carne repugnando a la ley de su mente. Pues prefiero que esto se entienda así, para que no parezca que lanzamos un cierto terror de un peligro todavía futuro. Pues si hay seguridad incluso por razón de esta vida, de modo que no temamos ningún lazo de una prevaricación futura tras esta: por lo

tanto, quienquiera que estuviere en el paraíso por la ascensión de la virtud oirá aquellos misterios de Dios arcanos y secretos; oirá al Señor diciendo, como a aquel ladrón que volvía del crimen a la confesión y del latrocinio a la fe: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23, 43).

CAPÍTULO XII.

De qué clase fue la sabiduría de la serpiente: cómo atacó a la mujer; o cuál fue la respuesta de esta, a la que sigue una larga digresión sobre una cierta duda acerca de ese asunto.

54. "Pero la serpiente era más sabia que todas las bestias que estaban sobre la tierra, las cuales hizo el Señor Dios, y dijo la serpiente a la mujer: ¿Por qué de veras dijo Dios: no comáis de todo árbol que está en el paraíso?" (Gén 3, 1). Cuando dice que la serpiente era más sabia, comprendes de quién habla, esto es, de aquel adversario nuestro que tiene tanto de la sabiduría de este mundo. Pero también el placer (voluptas) y el deleite son llamados rectamente sabios, porque también la sabiduría de la carne es llamada sabiduría, como tienes: "Porque la sabiduría de la carne es enemiga de Dios" (Rom 8, 7). Y son astutos para buscar géneros de deleites, porque son apetecentes de placeres. Por lo tanto, sea que entiendas el deleite, este es algo adverso al mandato divino y enemigo de nuestros sentidos. De donde san Pablo dice: "Veo otra ley en mis miembros que resiste a la ley de mi mente, y que me cautiva en la ley del pecado" (Rom 7, 23). En cambio, si lo refieres al diablo, él es el verdadero enemigo del género humano. ¿Y

qué causa hay de las enemistades sino la envidia? Como dice Salomón: "Porque por la envidia del diablo la muerte entró en el orbe de la tierra" (Sab 2, 24). La causa de la envidia fue la bienaventuranza del hombre puesto en el paraíso, y por eso, puesto que el mismo diablo no pudo retener la gracia recibida, envidió al hombre, por el hecho de que aquel que fue figurado del limo (limo) fue elegido para ser morador del paraíso. Pues consideraba el diablo que él mismo, que había sido de una naturaleza superior, había caído en estas cosas seculares y mundanas; en cambio, el hombre, de naturaleza inferior, esperaba las cosas eternas. Esto es, pues, lo que envidia diciendo: "¿Este inferior consigue lo que yo no pude guardar?" ¿Este emigrará de las tierras al cielo, cuando yo he caído del cielo a la tierra? Muchas vías tengo por las cuales puedo engañar al hombre. Del limo fue hecho, la tierra es su madre, está envuelto en cosas corruptibles. Y si el alma es de naturaleza superior, sin embargo también ella puede ser obvia a la caída, estando constituida en la cárcel del cuerpo; cuando yo no pude evitar la caída. Hay, pues, una primera vía para que sea engañado, mientras desea cosas mayores que su condición. Pues aquí hay un cierto esfuerzo de la industria. Luego, es propio de la carne desear lo que no tiene. Finalmente, ¿en qué parezco yo ser más sabio que todos, sino en circunscribir al hombre y contender con astucia y fraude?" Así pues, maquinó para no acometer primero a Adán, sino para intentar circunscribir a Adán a través de la mujer. No acometió a aquel que en presencia

había recibido el mandato celestial; sino que acometió a aquella que había aprendido del varón, y no había recibido de Dios lo que debía observar. Pues no tienes que Dios hablara a la mujer, sino que habló a Adán; y por eso debe estimarse que la mujer lo conoció a través de Adán.

55. Reconociendo, pues, en este lugar un género de tentación, hallarás también en otros lugares muchísimos géneros de tentación. Unas son a través del príncipe de este mundo, que ha vomitado ciertos venenos de sabiduría en este mundo, para que los hombres pensaran que son verdaderas las cosas que son falsas, y el afecto de los hombres fuera capturado por una cierta apariencia. Pues no siempre entra como enemigo abierto, sino que hay ciertas potestades (potestates) que simulan amor y pretenden gracia, para que poco a poco infundan el veneno de su iniquidad en nuestros pensamientos, de los cuales se originan aquellos pecados que nacen o del deleite o de una cierta facilidad de la mente. Hay también otras potestades que, por así decirlo, luchan con nosotros. De donde también dice el Apóstol: "Porque no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, y las potestades, y los rectores de este mundo, de estas tinieblas, contra la maldad de los espíritus que están en los cielos" (Ef 6, 12). Pues quieren quebrantarnos con esta cierta contienda y, por así decirlo, aplastar un cierto cuerpo de nuestra alma. De donde también Pablo, como buen atleta, no solo había aprendido a evitar los golpes de las potestades adversarias, sino también a herir a las que se le oponían. De

donde también dice: "Golpeo con mis puños, no como quien azota el aire" (1 Cor 9, 26). Y por eso, como buen atleta, mereció llegar a la corona. Por lo tanto, múltiples son las tentaciones del diablo. Y por esta razón la serpiente es tenida por bilingüe (bilinguis) y letal, por el hecho de que, como ministro del diablo, habla una cosa con la lengua y medita otra en el corazón. Hay también otros ministros que lanzan las saetas de sus palabras, infectadas con el veneno tanto de su corazón como de su voz, a quienes el Señor dice: "Generación de víboras, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos?" (Mat 12, 34).

56. "Y dijo la serpiente a la mujer: ¿Por qué de veras dijo Dios: no comáis de todo árbol que está en el paraíso? Y dijo la mujer a la serpiente: De todo árbol del paraíso comeremos; pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis" (Gén 3, 2 y 3). Cuando oigas que la serpiente es más sabia que todas las bestias, busca aquí ya su astucia. Simula decir las palabras de Dios, y entreteje sus propios engaños. Pues habiendo dicho Dios: "De todo árbol que está en el paraíso comeréis para alimento; pero del árbol que es de la ciencia del bien y del mal no comeréis, pues el día en que comiereis de él, moriréis de muerte (morte moriemini)" (Ibíd. 2, 16 y 17); la serpiente, como interrogando a la mujer, habiendo dicho Dios: "De todo árbol que está en el paraíso comeréis, pero de un solo árbol no comeréis", insertó la mentira de decir: "De todo árbol no comeréis", cuando Dios había mandado que solo de un ár-

bol, el de la ciencia del bien y del mal, no se debía gustar. Por qué razón engañó no es de extrañar, porque es costumbre de los que intentan circunscribir a alguien el engañar. No es, pues, ociosa la interrogación de la serpiente. Pero para que sepas que en el mandato no pudo haber ningún vicio, respondió la mujer, como tienes: "De todo árbol del paraíso comeremos; pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis de muerte". En el mandato, ciertamente, no hay vicio, sino en el relato del mandato. Pues según enseña la presente lección, aprendemos que nada debemos unir al mandato ni siquiera por razón de cautela (*cautionis gratia*). Pues si añades o quitas algo, parece haber una cierta prevaricación (*praevaricatio*) del mandato. Pues debe guardarse la forma pura y simple del mandato, o debe comunicarse la serie del testimonio. Frecuentemente el testigo, mientras añade algo de lo suyo a la serie de los hechos, decolora toda la fe del testimonio con la parte de la mentira. Nada, pues, ni siquiera lo que parece bueno, debe añadirse. Pues aquí, ¿qué ofensa tiene a primera vista lo que añadió la mujer: "Ni tocaréis nada de él"? Pues Dios no había dicho "tocaréis", sino "no comeréis". Pero, sin embargo, un desliz empieza a ser el principio. Pues lo que añadió, lo añadió superfluamente, o al añadir de lo suyo entendió que el mandato de Dios era semipleno. Nos enseña, pues, la serie de la presente lección que no debemos ni quitar nada a los mandatos divinos, ni añadir. Pues si Juan juzgó esto de sus propios escritos: "Si alguno",

dice, "añadiere a esto, añadirá Dios sobre él las plagas que están escritas en este libro; y el que quitare de las palabras de esta profecía, quitará Dios su parte del libro de la vida" (Apoc 22, 18 y 19), ¡cuánto más nada debe quitarse a los mandatos divinos! De aquí, pues, empezó a ser la primera prevaricación del mandato. Y muchísimos piensan que este vicio no fue de la mujer, sino que fue de Adán: que Adán así lo dijo a la mujer, queriendo hacerla más cauta, para añadir que Dios había mandado: "Ni tocaréis nada de él". Pues tenemos que Adán, no Eva, recibió el mandato de Dios. Pues todavía no había sido formada la mujer. Las mismas palabras de Adán con las que dijo a la mujer la forma y serie del mandato no las ofrece la lección; pero entendemos que a través del varón pasó a la mujer la serie del mandato. Veán, sin embargo, otros lo que sientan; a mí, no obstante, me parece que de la mujer empezó el vicio, que en ella se inició la mentira. Pues aunque parezca incierto respecto a los dos, sin embargo el sexo delata quién pudo errar primero. Añade que ella es constreñida por el prejuicio cuyo primer error fue también hallado después. Pues la mujer es para el varón, no el varón para la mujer, autor del error. De donde también Pablo dice: "Adán", dice, "no fue engañado; pero la mujer, siendo seducida, estuvo en la prevaricación" (1 Tim 2, 14).

57. Ahora veamos si, además de la adición que fue aplicada al mandato, lo que se añadió parece haber perjudicado. Pues en verdad, si es bueno: "Ni lo tocaréis", y aprovechaba para la cautela, ¿por qué Dios no prohibió esto en absoluto, e in-

cluso al no prohibirlo parece haberlo permitido? Por lo tanto, ambas cosas deben preguntarse: por qué razón ni lo permitió ni lo prohibió. Pues hay quienes dicen: "¿Por qué razón no mandó que aquello que hizo para ser visto tampoco fuera tocado?". Pero cuando oigas que en aquel árbol estaba la naturaleza de la ciencia del bien y del mal, puede estimarse que no quiso que tocaras el mal. Pues nos basta con ver a Satanás caer como un rayo del cielo, según la voz del Señor (Lc 10, 18), y dando alimento no de luz, sino a los hijos de la noche y de las tinieblas; porque está escrito: "Lo dio por alimento a los pueblos de los etíopes" (Sal 73, 14). Esto, pues, se dijo de él, que no mandó que fuera tocado. En cuanto a lo que entiendo de que no lo prohibiera, recibe mi pensamiento. Hay muchas cosas que dañan si queremos absorberlas antes de conocer qué son. Pues esto ocurre frecuentemente con la comida y la bebida. En efecto, si conoces de antemano lo que es amargo, te revistes de paciencia; y si entiendes que aquellas cosas que son amargas aprovechan, te revistes de tolerancia, para que no te ofenda la amargura repentina y empieces a rechazar lo que ha de aprovecharte. Aprovecha, pues, conocer de antemano; para que, por lo que has conocido que ha de aprovechar, no te fastidien ni las cosas amargas. Pero estas cosas pueden dañar menos; advierte lo que, si no se prevé, puede dañar más.

58. Hay un cierto gentil, tiende a la fe: es catecúmeno (catechumenus), quiere recibir una mayor plenitud de doctrina y de fe; guarde de que, mientras quiere aprender, aprenda mal, y

aprenda de Fotino, aprenda de Arrio, aprenda de Sabelio: se entregue a maestros de tal clase cuya cierta autoridad lo retenga; e inducido por una cierta presunción de los maestros, no sepa juzgar lo impreso en sus tiernos sentidos. Primero, pues, perciba con los ojos de la mente (mens) qué sigue: vea dónde está la vida: toque, finalmente, lo vital de las lecciones divinas, para que no sea ofendido por ningún intérprete depravado. Le lee Sabelio: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Jn 14, 10), y dice que es una sola persona. Lee Fotino: "Porque el mediador de Dios y de los hombres es el hombre Cristo Jesús" (1 Tim 2, 5). Y en otro lugar: "¿Por qué queréis matarme a mí, un hombre?" (Jn 8, 40). Lee también Arrio que dijo: "Porque el Padre es mayor que yo" (Jn 14, 28). Se lee ciertamente lo manifiesto; pero por qué razón fue dicho, debe tratarlo antes consigo mismo, para poder advertir la razón de lo dicho. Es llevado por una cierta autoridad de los maestros; y más le hubiera aprovechado no haber buscado, que haber hallado a tal doctor. Pero también si algún gentil recibe las Escrituras, lee: "Ojo por ojo, diente por diente" (Lev 24, 20). Lee también: "Si tu mano derecha te escandaliza, córtala" (Mat 5, 30); no entiende el sentido, no advierte los arcanos del sermón divino, cae peor que si no hubiera leído. Y por eso enseñó de qué modo debían investigar la Palabra de Dios, no de paso, no imprevistamente, sino diligente y solícitamente: "Lo que era", dice, "desde el principio, lo que hemos oído, y lo que hemos visto, lo hemos percibido con nuestros ojos, y nuestras manos han escudriñado sobre la

Palabra de vida: y lo hemos visto y testificamos, y os anunciamos" (1 Jn 1, 1 y 2). Ves que antes, como con ciertas manos, escudriñó la Palabra de Dios, y después la anunció: y por eso tal vez nada hubiera dañado la palabra a Adán y Eva, si tratando diligentemente con ciertas manos de la mente la hubieran tocado antes. Pues los débiles, tratando e inquiriendo más diligentemente, pueden investigar la naturaleza de cada cosa que no entienden. Ciertamente aquellos débiles debieron escudriñar primero de qué modo tocarían aquel árbol en el cual habían conocido que estaba la ciencia del mal. Pues incluso el conocimiento del mal a menudo puede aprovecharnos. Y por eso leemos los fraudes del diablo o en esta lección, o en la profecía (Ez 28, 18), para que aprendamos de qué modo podemos precavernos de sus artes. Pues deben conocerse sus tentaciones, no para que las sigamos, sino para que, enseñados e instruidos, nos precavamos.

59. Hay en este lugar quienes tienen una duda: si Dios dijo que de todo árbol se debía gustar de tal modo que, así como de todo árbol, así también se gustara del árbol de la ciencia del bien y del mal; ¿o si dijo que de todo árbol se debía gustar, pero solo del árbol de la ciencia del bien y del mal dijo que no se debía gustar? Estos ni siquiera piensan que sea de razón inútil el que, aunque el alimento de este árbol fuera nocivo, sin embargo, si se comiera con los demás, no pudiera ser nocivo; puesto que se dice que incluso el antídoto triaca (*antidotum theriacum*) suele confeccionarse del cuerpo de la serpiente, el cual

ciertamente, cuando el veneno y el cuerpo de la serpiente se toman solos, dañan; pero cuando se mezclan con otros, son para la sanidad y la salud. También la ciencia del bien y del mal, si tiene algo de sabiduría, si uno tiende siempre a la vida, si uno sigue los demás géneros de virtudes, de ningún modo se estima inútil. Por esta razón, pues, muchísimos pensaron que también aquello puede entenderse: que Dios parece haber prohibido esto, para que no se gustara solo el árbol de la ciencia del bien y del mal sin los demás, pero no lo prohibió con los demás. Y esto piensan que fue dicho por esto, porque Dios dijo a Adán: "¿Quién te indicó que estás desnudo, sino porque del árbol del cual te había mandado que solo de este no comieras, has comido?" (Gén 3, 11). Lo cual parecería dar algún lugar para interpretar, a no ser que la mujer, en lo anterior, diciendo la serpiente: "¿Por qué de veras dijo Dios: no comáis de todo árbol que está en el paraíso?", hubiera respondido: "Del que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comeréis de él". En lo cual, aunque la fe de la mujer que iba a prevaricar parezca más débil, sin embargo no despojaré a Adán de todas las virtudes, como si en el paraíso no hubiera alcanzado ninguna virtud, no hubiera gustado nada de los demás árboles, y hubiera caído en la culpa antes de haber conseguido algunos frutos. No despojaré, pues, a Adán, para no despojar a todo el género humano, que es inocente antes de recibir el sentido de la ciencia del bien y del mal. Pues no se dijo ociosamente: "Si no os convirtieris y os hicieréis como este niño, no entraréis en el

reino de los cielos" (Mat 18, 3). Pues el niño, cuando es maldecido, no maldice; cuando es golpeado, no devuelve el golpe; no conoce las tentaciones de las ambiciones y rapiñas.

60. Por lo cual creo más verdaderamente que mandó que el árbol no debía ser comido ni siquiera con los otros frutos. Pues aunque la ciencia es buena para el perfecto, sin embargo para el imperfecto es inútil. Me atrevería a llamar imperfecto a todo hombre, cuando el mismo Pablo dice como imperfecto: "No porque ya lo haya alcanzado, o ya sea perfecto; pero prosigo por si lo alcanzo" (Fil 3, 12). Y por eso el Señor dice a los imperfectos: "No juzguéis, para que no seáis juzgados" (Mat 7, 1). Por lo tanto, para el imperfecto es inútil la ciencia. Finalmente: "Yo no conocía el pecado sino porque la ley decía: No codiciarás" (Rom 7, 7). Y más abajo: "Pues sin la ley el pecado está muerto" (Ibíd., 8). ¿Pues qué me aprovechaba saber lo que no podía evitar? ¿Qué me aprovechaba saber lo que la ley de mi carne impugnaba? Pablo es impugnado, y ve "la ley de su carne repugnando a la ley de su mente" (mens) y que es cautivado en la ley del pecado (Rom 7, 23), y no presume de su conciencia; sino que por la gracia de Cristo confía en ser liberado del cuerpo de muerte (mortis corpore). ¿Y tú opinas que alguien, sabiendo, no puede pecar? Pablo dice: "Pues no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago" (Rom 7, 19). ¿Y tú juzgas que al hombre le aprovecha la ciencia, que aumenta la envidia del delito? Sea, no obstante, que el perfecto no pueda pecar. En Adán, Dios

preveía a todos los hombres, y por eso no convenía al género humano en común tener la ciencia del bien y del mal, que por los vicios de la carne no podía ejercer como convenía.

CAPÍTULO XI.

Cómo las tentaciones del diablo están llenas de mentira; y sobre el engaño de la mujer y la caída de Adán. De qué modo también conocieron que estaban desnudos y se hicieron ceñidores, y qué se significa por ellos.

61. Aprendamos, pues, que las tentaciones del diablo están llenas de mentira; pues apenas una cosa verdadera se ve de aquellas que prometió, las demás las compuso falsas. Pues así tienes: "Y dijo la serpiente a la mujer: No moriréis de muerte" (Gén 3, 4). He aquí una falsedad; pues de muerte murió el hombre que siguió las promesas de la serpiente. Después añadió: "Sabe", dijo, "Dios que en cualquier día que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos" (Ibíd., 5). Solo esto fue verdad, porque más abajo tienes: "Porque comieron ambos, y se abrieron sus ojos" (Ibíd., 7). Pero esta verdad era lo que dañaría. Finalmente, no para todos es útil abrir los ojos, porque está escrito: "Verán y no verán" (Is 6, 9). Pero inmediatamente fue pegada la mentira, porque añadió: "Y seréis como dioses conocedores del bien y del mal" (Gén 3, 5). En lo cual es lícito advertir que la serpiente es el autor de la idolatría (*idololatriae*), por el hecho de que parece haber introducido a varios dioses en el error de los hombres por una cierta astucia de la serpiente. And esto engañó, porque

el hombre sería como los dioses. Pues no solo dejaron los hombres de ser como dioses, sino que incluso los que eran como dioses, a quienes se dijo: "Yo dije: sois dioses", perdieron la gracia de su estado (Sal 81, 6).

62. "Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era grato a los ojos para ver, y hermoso para mirar" (Gén 3, 6). Débil autor de juicio la que juzgaba sobre aquello que no había gustado. Y por eso, no fácilmente, a no ser aquello que hayamos tratado más diligentemente, lo que hayamos probado con el afecto interior, parece que debe ser tomado para obra alguna. "Tomando", dice, "de su fruto, comió, y dio a su marido con ella, y comieron ambos". Bien se ha pasado por alto dónde es engañado Adán; porque no por su culpa, sino por el vicio de su mujer es que cayó.

63. "Y se abrieron", dice, "sus ojos, y conocieron que estaban desnudos" (Ibíd., 7). Y antes ciertamente estaban desnudos, pero no sin los integumentos de las virtudes (*virtutum integumentis*). Estaban desnudos por la simplicidad de las costumbres, y porque la naturaleza no conocía el manto del fraude. Ahora, en cambio, la mente humana es velada por muchos envoltorios de simulaciones. Por lo tanto, después de que se vieron despojados de aquella sinceridad y simplicidad de la naturaleza íntegra e incorrupta, empezaron a buscar cosas mundanas y manufacturadas con las cuales cubrir la desnudez de su mente: cosiendo deleites a deleites, y los placeres umbrátiles de este mundo como hojas a hojas, con los cuales sombrearan el secreto genital.

¿Pues cómo tenía Adán cerrados los ojos del cuerpo, él que vio a todos los vivientes de tal modo que incluso les impuso nombre? ¿Cómo conocieron —esto es, por una ciencia interior y más profunda— no que les faltaba túnica, sino los velos de las virtudes?

64. "Y cosieron", dice, "hojas de higuera, y se hicieron ceñidores (succinctoria)" (Ibíd. 7). En qué sentido debemos tomar la higuera (ficus) en este lugar nos lo enseña la serie de las lecciones divinas: puesto que la Escritura ha recordado que son santos los que descansan bajo la vid y la higuera (Miq 4, 4), y Salomón ha dicho: "¿Quién planta una higuera y no come de su fruto?" (Prov 27, 18), y el Señor vino a la higuera; pero por eso fue ofendido, porque no halló fruto, sino hojas solamente. Me enseña, pues, Adán qué son las hojas, él que, después de que pecó, se hizo para sí un ceñidor de hojas de higuera, él que más bien debió gustar de sus frutos. El justo elige el fruto, el pecador las hojas. ¿Cuál es el fruto? "El fruto", dice, "del espíritu es caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, modestia, continencia, amor" (Gál 5, 22). No tenía fruto el que no tenía gozo. No tenía fe el que había prevaricado el mandato de Dios. No tenía continencia el que había gustado del árbol que le estaba prohibido.

65. Por lo tanto, quienquiera que prevarica (praevaricatur) el mandato de Dios, es despojado y desnudado; y se vuelve él mismo torpe para sí: quiere cubrirse con ciertas hojas de higuera, tal vez con ciertas palabras vanas o umbrátiles, las cuales, cosiendo con mentiras compuestas y

construyendo palabra sobre palabra, el pecador entreteje para cubrir la conciencia de su mente y el velo de su hecho, para tapar sus partes vergonzosas. Pues lanza hojas sobre sí el que, deseando ocultar su culpa, o menciona al diablo como autor del delito, o pretende los halagos de la carne, o presenta a algún otro persuasor del error. Y de las divinas Escrituras frecuentemente saca ejemplos con los que afirma que los justos han caído en culpa, diciendo si acaso fuera sorprendido en estupro: "Y Abraham se acostó con su sierva" (Gén 16, 4), y David amó a una mujer ajena y se la tomó por esposa (2 Sam 11, 4 y 27). Pues cose para sí ciertas hojas, ciertos ejemplos de la serie de las escrituras proféticas; no piensa que debe buscarse el fruto de ellas.

66. ¿No te parece que también los judíos cosen hojas, cuando interpretan corporalmente las palabras de la ley espiritual? Cuya interpretación pierde todo el fruto del verdor, condenada por la maldición de la aridez eterna. Por lo tanto, la buena interpretación, esto es, la espiritual, es una higuera fructífera, bajo la cual descansan los justos y santos. Quien la plantare en las almas de cada uno, como dice Pablo: "Yo planté, Apolo regó" (1 Cor 3, 6), comerá de su fruto. En cambio, la mala interpretación no podrá dar fruto ni conservar el verdor.

67. Lo que, por tanto, es más grave, Adán se ciñó con esta interpretación en aquel lugar donde más bien debió ceñirse con el fruto de la castidad (castitas). Pues en los lomos con los que nos ceñimos, se dice que están ciertas semillas de la

generación; y por eso mal fue ceñido allí Adán con hojas inútiles, donde marcaría no el fruto futuro de una futura generación, sino ciertos pecados que permanecieron hasta el advenimiento del Señor Salvador. Por lo demás, después de que el Señor vino, halló la higuera inculta: rogado que no mandara cortarla, permitió que fuera cultivada. Y por eso ya no nos ceñimos con hojas, sino con el sermón divino (divino sermone); porque el mismo Señor dice: "Estén vuestros lomos ceñidos y las lámparas encendidas" (Lc 12, 35). De donde también prohíbe llevar dinero en nuestros cinturones (Mat 10, 9); pues nuestro cinturón debe guardar no las cosas seculares, sino las eternas.

CAPÍTULO XIV.

Sobre la voz del Señor que se paseaba al atardecer, y la reprensión de Adán: "¿Dónde estás?". Por qué, además, Adán es reprendido primero, habiendo gustado primero la mujer; y sobre la excusa de la mujer, y los misterios designados por aquellas cosas.

68. "Y oyeron", dice, "la voz del Señor Dios que se paseaba en el paraíso al atardecer" (Gén 3, 8). ¿Qué es este paseo de Dios, que está siempre en todas partes? Pero pienso que es un cierto paseo de Dios a través de la serie de las divinas Escrituras, en las cuales se halla una cierta presencia de Dios; cuando oímos que Él mismo lo mira todo, y que los ojos del Señor están sobre los justos; cuando leemos que Jesús conocía los pensamientos de ellos (Lc 6, 8); cuando leemos: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?"

(Mat 9, 4). Por lo tanto, mientras repasamos estas cosas, reconocemos a Dios como paseándose. Había huido, pues, el pecador, no a donde pudiera ocultarse de la vista de Dios, sino que deseaba ocultarse dentro de su conciencia; no quería que sus obras brillaran. Pues es propio del justo ver cara a cara (*facie ad faciem*); porque la mente del justo no solo está presente ante Dios, sino que incluso disputa con Dios, como está escrito: "Juzgad al huérfano, y justificad a la viuda, y venid y disputemos, dice el Señor" (Is 1, 17 y 18). Por lo tanto, cuando el pecador lee estas divinas Escrituras, oye la voz de Dios como si paseara al atardecer. ¿Qué es "al atardecer" (*ad vesperam*), sino que reconoce su culpa tarde, y tarde viene una cierta vergüenza por el error pasado, la cual debió preceder al error? Pues mientras la culpa hierve en el cuerpo, y el alma es agitada por las pasiones del cuerpo, el sentido del que yerra no piensa en Dios, esto es, no oye a Dios paseando en las divinas Escrituras, paseando en las mentes de cada uno. Pues dice Dios: "Porque habitaré en ellos, y entre ellos pasearé, y seré su Dios" (Lev 26, 12). Por lo tanto, cuando al sentido del alma ha vuelto el temor del poder divino, entonces nos avergonzamos, entonces deseamos escondernos, entonces, situados en los pensamientos de nuestros pecados, en medio del árbol del paraíso donde pecamos, somos sorprendidos, deseando ocultarnos y pensando que Dios no escudriña lo oculto. Pero el escrutador de las almas (*scrutator animorum*) y de los pensamientos, que penetra

hasta la división del alma, dice: "Adán, ¿dónde estás?" (Gén 3, 9).

69. ¿Cómo habla Dios? ¿Acaso con voz corpórea? De ningún modo, sino con una cierta virtud más excelente de lo que puede ser la voz del cuerpo, derrama sus oráculos (oracula). Esta voz cuya oyeron los profetas; esta voz oyen los fieles, los impíos no la entienden. Finalmente, tienes en el Evangelio que el evangelista oyó al Padre diciendo: "Y lo he clarificado, y de nuevo lo clarificaré" (Jn 12, 28); pero los judíos no oyeron. Pues decían: "Ha ocurrido un trueno" (Ibíd., 29). Allí, pues, como tienes arriba, que se sentía a Dios pasear sin pasear; así se oía a Dios hablar sin hablar.

70. Pero consideremos qué dice: Adán, ¿dónde estás? Todavía hay en esto un remedio de salud para los que oyen la palabra de Dios. Finalmente, los judíos, que se cerraron los oídos para no oír, tampoco hoy merecen oír. Luego tienen remedio los que se escondieron. Pues el que se esconde, se avergüenza; el que se avergüenza, se convierte; como está escrito: "Confúndanse y conviértanse todos muy velozmente" (Sal 6, 11). Luego este hecho mismo de que llame es indicio de quien va a sanar, porque el Señor también llama a quienes compadece. Al decir, empero, ¿Dónde estás?, no busca el lugar quien conoce lo arcano; ni tampoco Dios tenía los ojos cerrados para no ver al que estaba latente. Finalmente, por eso dijo: "Adán se ha hecho como uno de nosotros" (Gén 3, 22); porque abrió los ojos. Y aquí ciertamente abrió los ojos para ver su culpa, que no pudo evitar. Pues más después de que pecamos, no sé cómo,

reconocemos nuestros delitos; y entonces entendemos que es pecado lo que, antes de pecar, no pensábamos que fuera pecado. Ciertamente no pensábamos que fuera condenable como pecado; pues si lo condenáramos, no lo admitiríamos. Dios, empero, ve las culpas de todos, y conoce los delitos de todos; sobre toda alma, sobre lo oculto de todos, tiene sus ojos. ¿Qué es, pues: Adán, ¿dónde estás? Es decir, no en qué lugar, sino en qué cosas estás. No es, pues, una interrogación, sino una reprensión. ¿De qué bienes, dice, de qué bienaventuranza, de qué gracia has recaído en qué miseria? Abandonaste la vida eterna y fuiste sepultado en la muerte, enterrado junto con el error. ¿Dónde está aquella tu confianza, bien consciente de sí misma? Este temor confiesa la culpa, el esconde la prevaricación (*praevaricatio*). ¿Dónde estás, pues? Esto es, no busco en qué lugar, sino en qué estado. ¿A dónde te han conducido tus pecados, para que huyas de tu Dios al que antes buscabas? Quizás mueva por qué es reprendido antes Adán, habiendo gustado antes la mujer. Pero por la prevaricación comenzó el sexo más débil, por la vergüenza y la excusa el más fuerte; de modo que la mujer fue causa del error, el varón del pudor.

71. Y dijo la mujer: "La serpiente me engañó, y comí" (Gén 3, 13). Culpa venial la que sigue la profesión de los delitos. Por eso no fue desesperada la mujer que no guardó silencio ante Dios, sino que más bien confesó el pecado, por lo cual siguió una sentencia curable. Bueno es ser condenado en el pecado y ser azotado en el delito, para que

seamos azotados con los hombres. Finalmente Caín, porque quiso negar el crimen, fue juzgado indigno de ser castigado en el pecado; sino que fue remitido sin prescripción de pena, tal vez no tanto por el mayor crimen de parricidio (pues ese lo cometió contra su hermano) como de sacrilegio, porque creyó que debía mentir a Dios diciendo: "No sé; ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?" (Gén 4, 9). Y por eso su acusación está reservada para el acusador diablo; para que sea azotado con sus ángeles quien no quiso ser azotado con los hombres. Finalmente, de tales se dijo: "No hay declinación de la muerte de ellos... y con los hombres no serán azotados" (Sal 72, 4 y 5). Otra es, pues, la razón de la mujer, la cual, aunque había caído en la culpa de la prevaricación, sin embargo de los árboles del paraíso tenía todavía el cebo de la virtud; y por eso dijo su pecado, y le fue computado para el perdón. Pues el justo es el acusador de sí mismo al principio de su discurso. Ni puede nadie ser justificado del pecado si no hubiere confesado antes el pecado. Por lo cual el Señor dice: "Di tus iniquidades, para que seas justificado" (Is 43, 26).

72. Por tanto, porque Eva misma confesó su delito, sigue también una sentencia provechosa, que condenara el error y no negara el perdón, para que convertida sirviera a su marido. Primero, para que no le agradara fácilmente errar; luego, para que, situada bajo un vaso más fuerte, no descarriara al marido, sino que más bien fuera ella misma regida por el consejo del marido. En lo cual ciertamente reconozco evidentemente el

misterio de Cristo y de la Iglesia. Se designa, pues, la futura conversión de la Iglesia a Cristo, y la religiosa servidumbre sujeta al Verbo de Dios, la cual es mucho mejor que la libertad de este siglo. Finalmente, está escrito: "Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás" (Deut 6, 13). Esta servidumbre, por tanto, es un don de Dios. Finalmente, el obsequio de esta servidumbre se cuenta entre las bendiciones; pues también Isaac la dio en lugar de bendición a su hijo Esaú, para que sirviera a su hermano. Finalmente, él pedía una bendición; aunque hubiera conocido que una le había sido arrebatada, sin embargo pedía otra diciendo: "¿Acaso no tienes una sola bendición, Padre?" (Gén 27, 38). Por esta servidumbre, pues, aquel que por la gula había vendido antes su primogenitura, y por el afán de la caza agreste había perdido la gracia de la bendición, creyó que él mismo sería mejor si veneraba el tipo de Cristo en su hermano. Pues en esta servidumbre sobresale el pueblo cristiano, como también dijo el Señor a sus discípulos: "El que quiera ser el primero entre vosotros, sea el siervo de todos" (Mat 20, 27). Finalmente, la caridad obra esta servidumbre, la cual es mayor que la esperanza y la fe. Por lo cual está escrito: "Por la caridad servíos unos a otros" (Gál 5, 13). Este es, pues, el misterio que el Apóstol dice que está en Cristo y en la Iglesia (Ef 5, 32). Pues ella ciertamente estuvo antes en la prevaricación, pero será salva por la generación de los hijos en la fe, y la caridad, y la santificación, con la castidad. Ciertamente la generación de los hombres, que prevaricó en los padres, se salva por

los hijos; para que lo que había ofendido en los judíos, lo corrigiera en la posteridad cristiana.

CAPÍTULO XV.

Por qué el pecado de la mujer es digno de perdón; y qué se signifique por la serpiente, la mujer y el varón. Cuál sea la condenación de la serpiente; y en qué cosas se distinga de la condenación de Adán.

73. "La serpiente", dice ella, "me persuadió": y esto le pareció venial a Dios; por cuanto conocía que son muchas las vías de la serpiente para engañar (pues se transfigura en ángel de luz, y sus ministros son como ministros de justicia) imponiendo falsos nombres a cada cosa, de modo que a la temeridad la llame virtud, e imponga el nombre de industria a la avaricia. Pues la serpiente engañó a la mujer, la mujer condujo al varón de la verdad a la prevaricación. El placer corporal (*delectatio corporalis*) tomó el tipo de la serpiente; la mujer es símbolo de nuestro sentido (*sensus*), el varón de la mente (*mens*). El placer, por tanto, mueve al sentido; el sentido trasfunde a la mente la pasión que hubiere recibido. El placer, pues, es el primer origen del pecado, y por ello no te maravilles de por qué la serpiente es condenada primero por el juicio de Dios, segundo la mujer, tercero el varón. Según el orden del error, se guardó también el orden de la condenación. Pues el placer acostumbra hacer cautivo al sentido, y el sentido a la mente. Pero para que sepas que la serpiente es tipo del placer, advierte su condenación.

74. "Sobre tu pecho", dice, "y sobre tu vientre caminarás" (Gén 3, 14). ¿Quiénes son los que caminaban sobre su vientre, sino los que viven para el vientre y la gula, cuyo dios es el vientre, y su gloria está en sus vergüenzas, los que saborean las cosas terrenas y, cargados de comida, se encorvan hacia lo terreno? Bien, pues, dice al placer, que atento a las comidas parece comer tierra: "Sobre tu pecho y sobre tu vientre caminarás, y tierra comerás todos los días de tu vida". Ha de quitarse toda excusa al diablo; no sea que tal vez pueda pretender algo de su malicia, como para decir que su iniquidad vino de la condenación; y por tanto, oponerse tenazmente a dañar a los hombres, porque para eso fue condenado, para que dañara: lo cual parece estar próximo a la opinión, si aceptamos esa sentencia como de condenación. Pues Dios no condenó para esto a la serpiente, para que dañe; sino que mostró lo que habría de ser. Y ciertamente aquella tentación, que aprovecha más a los hombres, lo demostramos arriba (cap. 2, n. 9); pero sin embargo, cuando hubiéremos leído lo que está escrito, diciendo Dios: "A los que me honran, honraré, y el despreciador de mí será privado de honor" (1 Sam 2, 30), nos es lícito estimar algo de estas palabras. Pues Dios obra lo que es bueno, no lo que es malo. Por tanto, te enseñen las palabras divinas que Él obra la gloria, deja la pena. "A los que me honran", dice, "honraré", declarando que el honor es de la operación de sus buenos. Y a los "despreciadores", dice, "de mí", no dijo "privaré de honor"; sino "serán privados de honor"; no imputando a su operación la injuria

de ellos, sino mostrando lo que habría de ser. Por tanto, aquí no dijo: Yo te hago caminar sobre tu pecho y sobre tu vientre, y comer tierra todos los días de tu vida; sino: “Caminarás”, dice, “y comerás”; de modo que parecería más haber predicho sobre la serpiente las cosas que han de venir, que haber prescrito lo que hiciera. “La tierra”, dice, “será para ti alimento, no el alma”: pues también esto aprovecha a los pecadores. De donde también el Apóstol entregó a tal persona a la muerte de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día de nuestro Señor Jesucristo. Pero con el pecho y el vientre dice que repta la serpiente, no tanto por la figura del cuerpo, cuanto porque por las terrenas cogitaciones ha caído de aquella celestial bienaventuranza. Pues el pecho frecuentemente se toma como un cierto retiro de la sabiduría. Y por eso el Apóstol reclina su cabeza sobre el pecho de Cristo, no la arroja a la tierra. Por tanto, si la sabiduría del diablo se compara con las fieras más inmensas, a las cuales el pecho está entre los pies; y también los hombres que saborean las cosas terrenas, ni se yerguen por el afecto interior hacia el cielo, parecen reptar con el vientre por la tierra; ciertamente debemos no llenar el vientre de nuestra alma con las cosas corruptibles de este siglo, sino más bien saciarlo con la palabra de Dios. Bien, pues, David asumiendo la persona de Adán dice: “Humillada está en el polvo mi alma, se pegó a la tierra mi vientre” (Sal 43, 25). Pues se pegó mientras se configura con la serpiente, que se alimenta en la iniquidad terrena. Y por eso el Apóstol dice que conviene configurarse con

Cristo (Rom 6, 5), para que la virtud de Cristo se extienda en nosotros. Cuya sentencia no se piensa grave contra la serpiente, siendo que también Adán, que pecó más levemente, es condenado con tal sentencia.

75. Pues está escrito: “Maldita la tierra en tus obras: en tristeza la comerás todos los días de tu vida” (Gén 3, 17). Parece ciertamente haber una cierta similitud de sentencia: pero sin embargo en esa misma similitud hay una gran discreción. Pues importa si alguien come tierra, como se le dijo a la serpiente, que comerá tierra: o bien como se le dijo al hombre, “en tristeza comerás”. Pues esa adición, “En tristeza”, hace la discreción. Considera qué fuerza tiene la discreción. Bueno es para mí comer la tierra más bien en tristeza que en placer, esto es, de modo que parezca contristarme en un cierto acto y sentido del cuerpo, que deleitarme en el pecado. Pues muchos, por sus excesivas iniquidades, no asumen la conciencia del pecado. En cambio, aquel que dice: “Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre” (1 Cor 9, 27), se contrista en la penitencia de nuestros pecados; porque no tuvo tan grandes delitos propios como para deber contristarse en ellos. Finalmente, también nos persuade de que es útil esa tristeza que es según Dios, no según el mundo. Conviene, dice, que os contristéis para penitencia según Dios (2 Cor 7, 9 y 10); pues la tristeza según Dios obra la salvación, pero la tristeza del mundo obra la muerte. Pero recibe también del Antiguo Testamento que llegaron a la gracia los que se contristaban en las obras cor-

porales; en cambio, permanecieron en el suplicio los que se deleitaban en las obras de este mundo. Finalmente, los hebreos que gemían en los trabajos de Egipto, alcanzaron la gracia de los justos (Éx 2, 24). Y porque comieron el pan en tristeza, fueron dotados de alimento espiritual (Éx 16, 13 y ss.): pero los egipcios que celebraban tales obras con exultación, sirviendo a un rey detestable, no alcanzaron ningún perdón.

76. Pero existe también aquella distinción: que a la serpiente se le dice que comerá tierra; a Adán, en cambio: “En tristeza”, dice, “comerás, y con sudor comerás, y comerás el heno del campo” (Gén 3, 18 y 19); para que entendamos que hay un cierto progreso en estas cosas: y cuando comemos tierra, parecemos estar en una cierta malicia; cuando heno, en un cierto progreso; cuando en verdad pan, cuando se hubiere consumado la fortaleza. Por lo tanto, tengamos también nosotros un progreso de esta vida, como lo tuvo Pablo, quien dice: “Vivo yo, pero ya no yo” (Gál 2, 20), esto es, no yo que antes comía tierra: no yo que heno, porque toda carne es heno: “Sino que vive en mí Cristo”, esto es, vive aquel pan vivo que bajó del cielo, vive la sabiduría, vive la gracia, vive la justicia, vive la resurrección.

77. Luego considera que no es maldito el hombre, sino que es maldita la serpiente: ni la tierra en sí es maldita; sino “Maldita”, dice, “en tus obras”, lo cual fue dicho a Adán. Entonces la tierra es maldita si tienes obras terrenas, esto es, obras seculares. Y no maldita en absoluto; sino para que engendre espinas y abrojos, a no ser

que fuere ejercitada por el afán de la humana operación. La cual, si la hubiéremos ejercitado, ciertamente en trabajo y sudor, pero sin embargo comeremos el pan. Pues la ley de la carne repugna a la ley de la mente. Y debemos trabajar y sudar para castigar el cuerpo y reducirlo a servidumbre, y sembrar las cosas que son espirituales. Pues si sembramos cosas carnales, segaremos las cosas que son carnales; si en cambio sembramos cosas espirituales, segaremos aquellas cosas que son espirituales.